

CAMINOS DE ACCIÓN VÁLIDA

12 relatos inspirados en
las enseñanzas de Silo

Justo Andrés Concha





CAMINOS DE ACCIÓN VÁLIDA

12 relatos inspirados en
las enseñanzas de Silo

Justo Andrés Concha Abarca

Publicado originalmente en marzo de 2026

Sitio web: www.ruidosilente.cl

2º Edición: octubre de 2026

Diseño de portada: IA Gemini de Google

Todas las notas explicativas fueron extraídas del sitio web:
www.elmayordelospoetas.net

Índice

	Pag.
Los Principios	4
Déjala ir	6
¿Te molesta mi amor?	9
¿Democracia o demos gracias?	15
Esta es tu casa	20
Julieta	25
El gran susto	35
El pianista	40
La revelación	44
¿Te acuerdas de mí?	49
La regla de oro	56
Casas y cosas	62
La abuela Rosario	67

Los Principios

Distinta es la actitud frente a la vida y a las cosas cuando la revelación interna hiere como el rayo.

Siguiendo los pasos lentamente, meditando lo dicho y lo por decir aún, puedes convertir el sin-sentido en sentido. No es indiferente lo que hagas con tu vida. Tu vida, sometida a leyes, está expuesta ante posibilidades a escoger. Yo no te hablo de libertad. Te hablo de liberación, de movimiento, de proceso. No te hablo de libertad como algo quieto, sino de liberarse paso a paso como se va liberando del necesario camino recorrido el que se acerca a su ciudad. Entonces, "lo que se debe hacer" no depende de una moral lejana, incomprensible y convencional, sino de leyes: leyes de vida, de luz, de evolución.

He aquí los llamados "Principios" que pueden ayudar en la búsqueda de la unidad interior.

1. Ir contra la evolución de las cosas es ir contra uno mismo.
2. Cuando fuerzas algo hacia un fin produces lo contrario.
3. No te opongas a una gran fuerza. Retrocede hasta que aquella se debilite, entonces avanza con resolución.
4. Las cosas están bien cuando marchan en conjunto no aisladamente.
5. Si para ti están bien el día y la noche, el verano y el invierno, has superado las contradicciones.
6. Si persigues el placer te encadenas al sufrimiento. Pero, en tanto no perjudiques tu salud, goza sin inhibición cuando la oportunidad se presente.
7. Si persigues un fin, te encadenas. Si todo lo que haces lo realizas como si fuera un fin en sí mismo, te liberas.
8. Harás desaparecer tus conflictos cuando los entiendas en su última raíz no cuando quieras resolverlos.
9. Cuando perjudicas a los demás quedas encadenado. Pero si no perjudicas a otros puedes hacer cuanto quieras con libertad.
10. Cuando tratas a los demás como quieres que te traten te liberas.
11. No importa en qué bando te hayan puesto los acontecimientos, lo que importa es que comprendas que tú no has elegido ningún bando.

12. Los actos contradictorios o unitivos se acumulan en ti. Si repites tus actos de unidad interna ya nada podrá detenerte.

Serás como una fuerza de la Naturaleza cuando a su paso no encuentra resistencia. Aprende a distinguir aquello que es dificultad, problema, inconveniente, de esto que es contradicción. Si aquéllos te mueven o te incitan, ésta te inmoviliza en círculo cerrado.

Cuando encuentres una gran fuerza, alegría y bondad en tu corazón, o cuando te sientas libre y sin contradicciones, inmediatamente agradece en tu interior. Cuando te suceda lo contrario pide con fe y aquel agradecimiento que acumulaste volverá convertido y ampliado en beneficio.

Silo. La mirada interna. 8 de agosto de 1988

Déjala ir

Alicia yace en su cama postrada por un cáncer de páncreas que la aqueja desde hace más de un año. La lucha ha sido larga y extenuante desde que fue diagnosticada. En un principio, no le dio mucha importancia porque pensaba que lo podía superar, sin embargo, la enfermedad tuvo un rápido desarrollo y su estado se fue deteriorando progresivamente. Luego de unos meses y, de intentar varios tratamientos, los médicos la desahucieron y no le dieron más de unas cuantas semanas de sobrevida. No obstante, su rebeldía la llevó a dar la pelea hasta final y alargar la agonía.

Hace varios días, su estado se agravó a niveles terminales. No debe pesar más de cuarenta kilogramos. No come y duerme prácticamente todo el día. De vez en cuando despierta aquejada por los fuertes dolores, desvaría, se enoja con su entorno, lucha por levantarse y poder ir al baño, pero sin ayuda es incapaz. Su hija Magdalena la cuida día y noche, hace un mes se mudó de casa para acompañarla y atenderla debido a que ningún centro asistencial la recibe aludiendo que es un caso perdido y no pueden ocupar camas que les servirán a otros pacientes con posibilidades de recuperación.

Sus otros dos hijos, Francisco y Arturo, han tenido una actitud disímil frente a la situación. Francisco se ha ofrecido a ayudar en todo momento a Magdalena. Juntos, han desatendido incluso a sus propios hogares para ello, en cambio Arturo, trata de no visitar a su madre. No le gusta verla así y no soporta a las vecinas que vienen todos los días a rezar el rosario pidiendo que se mejore sabiendo que eso es inútil. Arturo cree que la muerte es la mejor cura para este momento que atraviesa su madre.

Francisco está enojado con la actitud de su hermano y cada vez que se encuentran, son momentos de máxima tensión debido a las discusiones y descalificaciones severas que se hacen el uno y el otro. Magdalena tiene una actitud más conciliadora. Trata de conversar con ambos aludiendo a que esa enemistad es percibida por su madre lo que provocaría mayor sufrimiento en ella.

Alicia respira forzosamente emitiendo gemidos con cada exhalación. Magdalena cada cierto tiempo le pasa un algodón humedecido sobre sus labios violáceos para evitar heridas debido a la severa deshidratación de su madre.

Francisco entra a la pieza. Ha traído de la farmacia utensilios para el cuidado de su madre. Besa cariñosamente a Magdalena y se sienta a un costado de la cama de Alicia tomándole la mano.

—¿Cómo está la vieja más linda? —le dice a Alicia acariciando con suaves masajes su mano izquierda.

La señora sigue en estado de sopor y no reacciona ante ningún estímulo de su entorno. Magdalena aprovecha la llegada de su hermano para descansar un momento, relevando su labor. Durante largos minutos, Francisco aprovecha la pausa para revisar su celular y contestar mensajes que están, en su mayoría, relacionados con su trabajo. Ha pedido permiso a sus jefes para retirarse más temprano e ir todos los días a visitar a su madre, pero eso no lo exime de sus obligaciones laborales las que trata de cumplir usando los recursos tecnológicos.

Después de un buen rato reaparece Magdalena quien ordena algunos objetos de los muebles de la habitación y ajusta una y otra vez la ropa de cama a pesar de que Alicia ni siquiera se mueve.

—¿Y el huevón de tu hermano ha venido a ver a la mamá? —pregunta Francisco.

—Hace dos días estuvo un rato, pero no quiso pasar a la pieza—le contesta Magdalena.

—¿Qué se creerá? Ni siquiera se preocupa de su propia madre.

—Déjalo—dice Magdalena—Él se preocupa de otra forma que nosotros.

—Ahí está la diferencia—insiste Francisco—Él se preocupa, pero no hace nada, mientras nosotros, y sobre todo tú, nos ocupamos.

—Son distintas formas de sobrellevar la situación—Magdalena justifica a Arturo.

—Es puro egoísmo. Arturo piensa solo en sí mismo y nada más.

—Le da pena verla así—replica Magdalena.

—¿Y tú crees que no me da pena a mí también? Pero yo no escondí la cabeza en la tierra como el avestruz.

En este momento, Alicia comienza a moverse lentamente como acomodándose cansada de estar en la misma posición. Magdalena se acerca y comienza a preguntarle.

—¿Qué pasa mamita? ¿Necesitas algo?

—¿Quién es? —pregunta la señora con voz débil sin abrir los ojos.

—Soy Magdalena, tu hija. Aquí está Francisco también.

—¿Y Arturo? —pregunta Alicia.

—Arturo no está—le responde Magdalena—No ha podido venir.

—Quiero que venga, llámalo—dice Alicia.

Magdalena mira a Francisco, quien hace una mueca en señal de molestia y mueve la cabeza como diciendo que no va a venir. Su hermana saca su celular de la cartera y sale de la pieza.

—Lo vamos a llamar, mamita. No se preocupe—dice Francisco.

Alicia en ningún momento ha abierto los ojos. Se da vuelta acomodándose hacia su izquierda y descansa como volviendo a dormir.

Francisco se impacienta debido a que Magdalena no retorna. Sale de la pieza un momento para ver cómo le ha ido a su hermana con el llamado. Ahí se encuentra con Magdalena quien habla con Arturo por teléfono.

—¡Pero Arturo, ella acaba de preguntar por ti! ¿No te parece que sería bueno que vinieses un rato al menos?

—¡Qué! ¿No quiere venir el huevón? —pregunta Francisco, mientras Magdalena le hace un gesto negativo.

Francisco totalmente salido de sus cabales le arrebató el celular a su hermana y comienza a increpar duramente a Arturo.

—Mira huevón, a mí me da lo mismo si vienes o no, pero nuestra mamá es la que está preguntando por ti, no yo. Así que ¿Por qué no te dignas a hacer aparecer tu linda figura por estos lados? Y me avisas para no estar aquí cuando suceda eso.

Francisco corta la llamada y le devuelve el teléfono a Magdalena ofuscado. Piensa que cualquier intento por hacer partícipe del momento a Arturo es inútil. Magdalena se queda en silencio y se emociona hasta dejar caer lágrimas silenciosas, le da pena la situación. Pena por la muerte inminente de su madre, por el distanciamiento de sus hermanos, por ella misma que se siente impotente por no ser capaz de cambiar las cosas. Se va sin decir palabra alguna a la cocina a preparar café. Francisco se queda en el living cabizbajo también en silencio.

Alicia no ha vuelto a despertar. Un amigo médico se ofreció a pasar todos los días a ver el estado de la mujer aprovechando que vive en el barrio. Esta vez no es la excepción. La revisa con cuidado y se da cuenta que ya es el momento. Les avisa a los hermanos que el desenlace es inminente y probablemente no pasará de esa noche.

Horas más tarde, Arturo se presenta en la casa de su madre. Magdalena sale a recibirlo y lo abraza efusivamente, agradeciéndole su visita. Le cuenta lo que dijo el doctor y le pide que los acompañe hasta que todo esto termine. Francisco al ver a su hermano, le reprocha la tardanza de su acercamiento.

—¡Apareció el lindo!

—No te vine a ver a ti ¿Ya? —le replica Arturo.

—Claro que no. No vienes a ver a nadie. Vienes a intentar limpiar tu conciencia y poder decirles a todos que acompañaste a nuestra madre hasta el último momento.

—Mi mamá ya no está con nosotros. Esa persona que está ahí en la pieza dejó de ser nuestra madre hace ya mucho tiempo.

—¿Qué estás diciendo imbécil?!—exclama Francisco.

—Tú me reprochas el no haber estado cerca, pero tú has estado todo este tiempo deseando que mamá no muera como si llegaras a sentir que vale la pena su sufrimiento. ¿No te parece un acto de crueldad máximo el querer mantenerla en vida a pesar de que está sufriendo?

—¿De qué estás hablando?!

—Me tratas de egoísta, pero no hay acto más egoísta que intentar obligar a las personas a aferrarse a la vida cuando, la vida no quiere nada con ellas.

—¿Me estás diciendo que yo quiero que mamá sufra? ¿Tú crees que me gusta verla así? Por supuesto que me duele, pero yo sería incapaz de desear que muriese.

—Pues yo sí—dice Arturo—Yo quiero que muera de una vez y pare este sufrimiento.

Francisco toma de las ropas a Arturo y comienza a zamarrearlo de un lado a otro pidiendo que se retracte por lo que acaba de decir. Como Arturo se niega, Francisco le lanza un golpe seco con su puño en la cara tumbándolo sobre un sofá.

Magdalena sale de la pieza de su madre y horrorizada los regaña por estar peleándose mientras su madre moría en la pieza contigua. Va al baño y toma un paño húmedo para atender a Arturo quien aún no se ha restablecido del fuerte golpe que recibió.

—He hecho el esfuerzo de ponerme en lugar de cada uno de ustedes—les dice Magdalena—Entiendo tu punto, Arturo, pero lo mínimo que podríamos pedir es un poco de solidaridad y apoyar como sea. Por otro lado, reconozco que lo que siente Francisco también lo he sentido yo. Al principio me dio mucha angustia, el solo pensar en que ya no estaríamos con mamá me producía un dolor profundo en el pecho. Luego, sentí rabia ¿Por qué ella, si es la mejor mujer que ha pisado este mundo? ¿Por qué a nosotros? Pero de inmediato pensaba ¿Por qué no? Si al final todos vamos a morir. Entonces decidí estar junto a ella hasta el último momento que al parecer será ahora. Es muy difícil revertir un cáncer como el de ella y cuando la desahuciaron debimos asumir la situación en vez de rebelarnos a la muerte lo que resulta ser una batalla perdida. A lo mejor si hubiésemos hecho todo lo posible para que pasara bien estos últimos meses, habríamos podido aplazar este momento. Pero, además de los

dolores de su enfermedad, ella ha sentido nuestro distanciamiento. Y no se va a ir mientras no sienta que está todo en paz.

Luego de estas palabras, los tres se quedan en silencio durante largos minutos con la mirada perdida.

—Lo siento—dice sentidamente Arturo—Es verdad que he sido muy egoísta. Pensaba que mamá ya se había ido hace rato, pero debí haberlos apoyado en el día a día y haber respetado su esperanza. Ahora, cuando me avisan que preguntó por mi comprendí que aún queda un poquito de ella en ese cuerpo. Pensé que ya no despertaría más.

—Ese es tu problema, pensaste—dice Francisco.

—Francisco, por favor—Magdalena lo regaña.

—Está bien, perdón—contesta Francisco y luego de bajar la cabeza, dice—Lo sé, ella morirá ahora, no vale la pena seguir negándolo. Eres muy egoísta, Arturo, pero yo también lo he sido. Hasta ahora me doy cuenta, quería que ella siguiera con nosotros, es decir, conmigo. La echaré mucho de menos.

—Todos la echaremos de menos—dice Magdalena—Pero debemos dejarla partir. Ahora, y aunque parezca un poco ridículo, haremos lo mismo que cuando éramos niños y nos peleábamos. Mamá nos obligaba a darnos un abrazo y se acababa la pelea. Ya, vengan los dos, abrácenme porque los tres lo necesitamos.

Magdalena se pone de pie y estira sus brazos apuntados a cada uno de sus hermanos. Estos, un poco reticentes y avergonzados se resisten unos segundos, probablemente esperando que el otro dé el primer paso. Magdalena no espera que suceda eso y los toma de sus manos forzándolos a abrazarla. Los tres hermanos se funden en el abrazo y se quedan así durante largos minutos. Luego, se dirigen al dormitorio de Alicia.

Ya en la pieza, los tres se sientan alrededor de su madre y le hablan diciéndole que todo está bien y que puede irse cuando lo estime conveniente. Prometen cuidarse mutuamente y a juntarse periódicamente a almorzar con todas sus familias.

Alicia no despierta, su respiración se torna cada vez más dificultosa y su ritmo disminuye hasta la última exhalación. Magdalena toma con su mano derecha la de su madre y la izquierda la de Francisco, él a su vez toma la mano de Arturo, quien toma la otra mano de su madre. Los cuatro crean una cadena cerrada que no se romperá más.

1. Principio de adaptación

«Ir contra la evolución de las cosas, es ir contra uno mismo».

Este Principio, destaca que cuando por anticipado se sabe el desenlace de un acontecimiento, la actitud correcta es la de aceptarlo con la mayor profundidad posible, tratando de sacar ventaja aún de lo desfavorable. Examinar momentos de la vida en los que no tuvimos conocimiento de este Principio y por tanto obramos en contrario, nos ilustrará convenientemente sobre el significado del mismo. Será más interesante aún, reflexionar sobre el momento que estamos viviendo y estudiar las consecuencias de sufrimiento para nosotros y para nuestras personas próximas, en caso de no tener en cuenta el Principio.

Estamos explicando que las cosas a las que no debemos oponernos son aquellas que tienen un carácter inevitable. Si el ser humano, por ejemplo, hubiera creído que las enfermedades eran inevitables, la ciencia médica jamás hubiera avanzado. Gracias a la necesidad de resolver problemas y a la posibilidad de hacerlo, la humanidad progresa.

¿Si una persona queda sola en el desierto, es inevitable que muera? Esa persona hará el esfuerzo de encontrar salidas a su situación y, en efecto, encontrará un oasis o bien la encontrarán a ella con más facilidad, si utilizó todos los recursos posibles para hacerse ver a la distancia. Así es que este Principio se asienta en la situación de lo inevitable, para ser aplicado correctamente.

¿Te molesta mi amor?

Sebastián y Beatriz están sentados en una sala de espera. Ella le pidió a él acompañarla a recabar información en un instituto de idiomas porque quiere aprender a hablar bien el inglés.

Los chicos se conocieron desde hace un año en el cumpleaños de la hermana de Beatriz. Sebastián es amigo desde antes con la hermana y estuvo como invitado esa vez en la casa de las chicas. Desde ese momento se hicieron amigos inseparables. Pero con el tiempo, Sebastián comenzó a tener otros sentimientos con Beatriz, sobre todo porque ella lo llamaba permanentemente invitándolo a salir a distintas partes tal como en esta ocasión.

Anteriormente, Sebastián había sentido ganas de hablar de esto con ella para indagar acerca de sus sentimientos, pero no se atrevía, tal como tampoco se atrevía a acercarse y robarle un beso por el temor al rechazo. Ella lo confunde porque a veces cree estar seguro de que el sentimiento es recíproco, pero de inmediato siente lo contrario ya sea por un comentario o gesto que lo hace dudar.

Tras unos minutos hacen pasar a Beatriz a la oficina del encargado de los cursos. Sebastián deja que entre sola y decide esperarla sentado en el sillón. Mientras ella está en la entrevista, Sebastián divaga, se da aliento, luego se arrepiente y dice mentalmente “en otro momento”, pero en seguida se regaña por cobarde.

Beatriz sale de la oficina con una carpeta llena de folletos. Le cuenta a su amigo los detalles de la entrevista y que está decidida a inscribirse.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta ella—¿Tienes hambre? Vamos a comer algo.

Sebastián acepta la propuesta y buscan un local de comida rápida cercano. Beatriz toma de la mano a Sebastián, lo que termina por envalentonar al chiquillo, quien mientras están comiendo se atreve a declarar su amor.

—Bea, hace rato que quería conversar contigo—comienza diciendo—Nos conocemos un buen tiempo y nos vemos muy seguido. Nos llamamos permanentemente, conversamos, paseamos, nos acompañamos a distintas partes como ahora. Hemos sido unos amigos muy cercanos, pero me han estado pasando cosas distintas contigo.

Beatriz lo mira con atención, haciendo una pausa en el comer un tanto intrigada por como se viene la conversación. Sebastián se queda callado unos segundos mirando sus manos para luego proseguir.

—Bueno, se trata de que tú me gustas, siempre me gustaste como amiga, pero ahora creo que mis sentimientos hacia ti han ido mutando a una atracción diferente. Me pasan esas cosas de adolescente enamorado cada vez que me llamas o que tomas mi mano que son propias de un cariño distinto al de amigos. Creo que me he estado enamorando de ti.

Luego de decir esto, Sebastián se queda en silencio y Beatriz no sabe qué decir. Baja la mirada y ahora es ella que fija su atención nerviosa en sus manos.

—Sebita—le dice—No puedo decir que me sorprende, porque alguna vez lo pensé. Quiero decirte que me encanta salir contigo, lo paso muy bien juntos. Cuando tenemos esas largas charlas por teléfono, por internet o cuando nos juntamos, logro comunicarme de verdad, no como cuando hablo con mis padres, mi hermana o mis amigas. Hay amigas que yo considero como las mejores con las cuales no converso las cosas que hablo contigo. Cuando estamos juntos me siento muy cómoda, libre, feliz. Pero, desde hace tiempo que no estoy en plan de buscar a alguien como una pareja y no me imagino con nadie y menos contigo en una relación distinta a la de amistad. No puedo negar que me da mucha ternura lo que me dices, pero te pido perdón porque soy incapaz de verte de otra manera. Me encanta como eres, adoro la relación que tenemos, pero cualquier cosa que pudiese cambiar esto me parece que echaría a perder la mejor relación de amistad que he tenido en mi vida.

Beatriz habla con firmeza y con sinceridad. Sebastián percibe eso, pero no puede evitar sentir una fría sensación que recorre su cuerpo a medida que Beatriz dice esas palabras. Él se siente frustrado, ella apenada de no poder corresponder el sentimiento de su amigo. Después de esto, ambos hablan menos. Sebastián prefiere no profundizar o insistir en el tema. Todo se enfría distanciándolos emotivamente.

Luego de salir del lugar, caminan un rato para terminar en el paradero donde Beatriz espera el bus para ir a su casa. Al despedirse, se dan un fuerte y largo abrazo que no termina por mitigar el dolor que siente Sebastián, quien ahora se arrepiente de haber confesado sus sentimientos y quedar expuesto en la relación con su amiga.

Durante los días siguientes los chicos no se contactan, tienen resistencia de dar el primer paso. Sebastián siente que puede parecer insistente y Beatriz cree que su llamado puede ser mal interpretado.

Sebastián se encierra en su habitación y se queda mirando el techo acostado en su cama. La situación le afectó en su autoestima, dejó de ir a la universidad y no conversa con nadie. La relación con sus padres no es muy fluida por lo que ellos no se dan cuenta y, cuando está obligado a compartir con más gente, finge estar de buen ánimo.

Un día, acostado en su cama y nuevamente mirando el techo se rebela a la situación. No puede creer que Beatriz no sienta nada más que amistad con él con todo lo que han estado juntos. Cree que puede estar confundida, finalmente el amor es el amor. En un arrebató de valentía decide conquistarla. Dedica largas horas en hacer un plan que le permita reconvertir los sentimientos de Beatriz. La estrategia es demostrar qué tan profundo es su sentimiento y para ello prepara una serie de actos cuyo propósito son expresar amor sin pedir nada a cambio. Para llevar a cabo su plan les pide ayuda a dos amigos de su infancia buscando apoyo porque cree que solo, buscará excusas para no hacer algo.

Un día va a la universidad de Beatriz y esperarla hasta que salga. Como no sabe cuál será la hora precisa para aquello, se va temprano después de almuerzo y se sienta en un escaño de un parque que está al frente del frontis del recinto. Compra una rosa roja envuelta en papel celofán y se predispone a una larga y paciente vigilancia. Ya bien entrada la tarde, se le suma uno de sus amigos quien tiene el rol de animarlo y hacer menos tediosa la espera. Cuando ya se está escondiendo el Sol, Beatriz acompañada de una amiga sale desde el interior del edificio. Sebastián recibe la voz de aliento de su amigo.

—¡Ya! ¡Es el momento! —le dice.

Sebastián se pone de pie y se acerca a Beatriz por su espalda a paso rápido tratando de alcanzarla. Cuando está a un par de metros la llama.

—¡Bea!

—¡Seba! —exclama ella al ver a su amigo al darse vuelta.

Sebastián se detiene frente a ella y le entrega la rosa sin decir nada ante la mirada de sorpresa y sonriente de la amiga. Luego, abre los brazos, se encoge de hombros y dice—Te amo—haciendo un gesto como pidiendo perdón por eso. Luego se da vuelta y sale corriendo. Beatriz queda congelada y no sabe qué hacer.

Sebastián no para su carrera hasta estar lo suficientemente lejos de su amada. El amigo lo alcanza y lo felicita narrando una y otra vez como había visto la escena a la distancia. Él le cuenta que Beatriz se quedó varios segundos mirándolo como se alejaba para en seguida cruzar unas palabras con su amiga y continuar su camino.

Sebastián previendo que Beatriz lo llamaría después de esto, apaga su celular. No quiere intercambiar con ella ni saber, por el momento, su parecer.

Al día siguiente se apresta a la siguiente acción. En una ferretería compra una lata de pintura en spray. Frente a la casa de Beatriz están las oficinas de una empresa cuya pandereta abarca casi toda la cuadra. Se junta con sus amigos y se va muy tarde en la noche al lugar. Mientras los amigos

vigilan por si viene alguien, Sebastián se apresta a rayar la pared con un mensaje simple y directo "Beatriz, te amo". Una vez terminado, uno de sus amigos lo insta a firmar con su nombre. Sebastián se resiste porque su idea es que sólo Beatriz sepa quién era el autor del grafiti, con su nombre, quedaría al descubierto con toda su familia y amigos. Sus acompañantes insisten persistentemente, por lo que el chico finalmente se anima a agregar su nombre a la leyenda. Terminada la obra de dudoso valor artístico, los jóvenes se van a sus respectivos hogares.

Dos días después Sebastián se cuela en la universidad de Beatriz. El día anterior estuvo haciendo unos panfletos con la misma leyenda que escribió en la pared. Imprimió decenas de hojas y cortó los panfletos en pequeños cuadrados. Durante un cambio de hora y cuando todos los estudiantes salen de una sala para ir a otra, Sebastián entra a una sala del último piso, abre la ventana y tira los panfletos al aire después de divisar a Beatriz caminando por los pasillos del recinto. Cientos de papelitos vuelan sin control por el aire por efecto del viento y caen uno a uno lentamente en el patio central. Detrás de la cortina, Sebastián no pierde la mirada sobre Beatriz quien recoge uno de los papelitos y dirige la mirada hacia todos lados tratando de identificar el lugar desde donde caen. Algunos estudiantes comienzan a aplaudir creyendo que se trata de una actividad de carácter político, pero luego al leer el texto van dejando los panfletos en el suelo. Sebastián abandona la sala antes de que entre alguien y posteriormente sale de la facultad.

Después de esto, Sebastián se queda con un registro de tranquilidad porque cree que está haciendo todo muy honestamente y, si no resulta, no será porque no lo intentó.

Como no le contesta los llamados a Beatriz, Sebastián se entera por una amiga que ella estaba tratando de comunicarse con él porque quería conversar acerca de todo esto. Antes de inventar una cuarta acción, Sebastián contesta uno de los llamados de ella quien lo convoca a una cita urgente.

Se juntan en la casa de Beatriz. Al entrar siente la mirada atenta de toda la familia, aunque percibe que no están enojados, salvo el papá quien apenas lo mira. Beatriz lo invita a su pieza y le pide que se siente en una de las sillas que hay en su interior. Luego de un prolongado silencio, Beatriz comienza a reprochar los actos de su amigo. Lo regaña diciéndole que no estaba bien, que sentía que estaba forzando una situación que ella la había dejado muy clara cuando conversaron la primera vez acerca del tema. Esto es acoso. Le pide que no insista porque ella no puede ni quiere verlo de una manera distinta que no sea de amigo.

—No puedo dejar de decir que fue muy lindo—comenta ella—Ese día del rayado se quedaron unas amigas en mi casa. Una de ellas fue la primera en ver el grafiti desde la ventana. Me dio mucha vergüenza y no dije una sola palabra durante el almuerzo.

—¿Y la rosa la botaste? —le pregunta Sebastián.

—No, la tengo por ahí guardada.

—Entonces, ¿No hice más que alimentar tu ego? —se lamenta Sebastián.

—¡No! —responde Beatriz—Te digo que fue muy lindo, cualquier mujer se sentiría en las nubes con todo lo que has hecho, pero a mí no me gusta, no quiero que lo sigas haciendo ¿Es muy difícil entender que cuando algo no es divertido para el otro debes detenerte? No, es no.

—Está bien—responde Sebastián resignado—No lo haré más. No insistiré. El silencio inunda la habitación producto de la incomodidad de ambos. Sebastián decide irse y Beatriz le hace prometer que hará el esfuerzo de seguir siendo su amigo. Él le responde afirmativamente sabiendo que no será así.

Sebastián cumple su promesa y no intenta nada más. Decidió dar vuelta la página y olvidarse de Beatriz. Responde sus llamados, pero no acepta sus invitaciones. Su sufrimiento se redujo de a poco, sea como sea, quedó tranquilo con la situación. Lentamente fue integrando que no puede forzar un sentimiento.

Un día Sebastián se encuentra con la hermana de Beatriz, quien le pregunta por cómo está. Él le dice que ya está todo normal en su vida. El caos que vivió durante un par de semanas ya había pasado y se declara tranquilo y en paz. Ella le cuenta lo que está haciendo Beatriz y al despedirse le dice—La Bea todos los días llega a la casa y se encierra en su pieza a escuchar canciones de amor.

Sebastián no le da mayor importancia al comentario y asume la situación con hidalguía y humildad.

Pasados dos meses, Sebastián recibe un mensaje de Beatriz de que quiere conversar con él. Pregunta el para qué, no obteniendo mayores pistas. Acepta la invitación creyendo que es un nuevo intento por retomar la amistad como estaba antes.

Se juntan en un parque del centro de la ciudad. Caminan durante varias horas, se sientan en el pasto, comen golosinas. Sebastián está un tanto extrañado porque pasa el tiempo y parece que Beatriz no tiene nada relevante que hablar con él. Después de que Sebastián mira insistentemente la hora en su celular, Beatriz le pregunta por si tiene algo que hacer, a lo cual el chico le responde negativamente, pero le intriga lo que tenía que decir porque han pasado horas de conversaciones intrascendentes.

—La verdad, es que hace varios días tenía ganas de conversar contigo— dice ella—Después de que pasó un poco de tiempo desde que me confesaste tu cariño especial, me escondí un poco en mí misma. Como te dije esa vez, no estaba buscando una relación distinta a la amistad y contigo me sentía muy bien. Creía que había encontrado al mejor de mis amigos. Tu confesión lo echaba todo a perder y me dio rabia y pena a la vez. Tus actos fueron muy lindos, arriesgados y muy imprudentes. Me hiciste sentir muy mal y te odié por un momento. Luego te alejaste y sentí que te había perdido. En el fondo de mi ser quería que te acercaras. Todos los días a la salida de mis clases, miraba de reojo hacia todos lados por si te aparecías de sorpresa. Miraba una y otra vez el celular esperando un mensaje tuyo. Un par de semanas después del rayado, lo borraron y me dio un poco de pena. Es cierto, alimentaste mi ego. Me dolió cuando lo dijiste, pero era verdad. Comencé a echarte de menos, pero ya no como amigo. Quería abrazarte y sentir tu calorcito, quería escuchar tu voz por el teléfono antes de acostarme, ver tu sonrisa mágica que me da mucha alegría.

Durante unos segundos Beatriz se queda callada y Sebastián no sabe qué decir. Ambos miran hacia el frente en un estado de catatonia momentánea.

—Creo que comencé a enamorarme de ti—dice Beatriz—A lo mejor siempre estuve enamorada de ti, pero creía confundirlo con amistad. No hay nadie que me haga sentir tan bien y me gustaría hacerte sentir bien también.

—Me sorprende lo que estás diciendo—comenta Sebastián—¿Estás segura de todo esto?

—Absolutamente segura—responde ella—Tengo aburrida a mi familia y a mis amigas de hablar de ti y de escuchar música romántica, de esa que dan ganas de cortarse las venas.

—Qué loco, después de todo lo sucedido.

—Es cierto, pero dime una cosa ¿Tus sentimientos no han cambiado? —pregunta ella.

—Por supuesto que no. No se puede borrar de un día para otro un amor como este.

—¿Me permitirías regalarte mi amor, así como tú me regalaste el tuyo?

—Imposible negarse.

Los jóvenes se abrazan y se besan con pasión durante segundos, minutos, horas.

2. Principio de acción y reacción

«Cuando fuerzas algo hacia un fin, produces lo contrario».

Este Principio destaca que las personas y las cosas tienen determinados comportamientos y que resisten o facilitan nuestros proyectos si actuamos adecuadamente. Cuando movidos por impulsos irracionales, presionamos algo contra su propio comportamiento, observaremos que podrá ceder ante nuestras exigencias, pero la consecuencia a corto o largo plazo será que volverán efectos distintos a los que queríamos lograr.

El ser humano es forjador de acontecimientos, da dirección a las cosas, tiende a planificar y cumplir proyectos. En suma, se dirige hacia fines. Pero la pregunta es: ¿cómo va hacia sus fines? ¿Cómo hace entender a otra persona la solución de un problema que presente: la violenta o la persuade? Si la violenta, ahora o después habrá reacción. Si la persuade, ahora o después se sumarán las fuerzas.

Muchos piensan que "el fin justifica los medios" y obran forzando todo a su alrededor, logrando a menudo resultados exitosos. En ese caso, la dificultad viene después. El fin se ha logrado, pero no se lo puede mantener por mucho tiempo.

El Principio que estamos comentando, se refiere a dos situaciones distintas. En una, se obtiene el fin buscado, pero las consecuencias son opuestas a lo esperado. En otra, por forzamiento de situaciones, se obtiene un "rebote" desfavorable.

¿Democracia o demos gracias?

Martín está en el living de su casa leyendo un libro. Diego, su hijo, lo interrumpe.

—Papá, necesito que me ayudes con una tarea para el colegio.

—Claro, mi niño ¿De qué se trata? —responde Martín cerrando el libro y dejándolo sobre la mesa de centro.

—Es una tarea para Historia—le dice Diego—Tenemos que entrevistar a uno de nuestros padres acerca de su experiencia durante el gobierno militar.

—¡Uhhh! Vaya tema—comenta Martín.

—La idea es contrastar la visión de las personas que vivieron esa época con lo que dicen los historiadores.

—Está bien, veamos si puedo ayudar en algo.

—Espérame un momento voy por mi cuaderno y empezamos—dice Diego. El chico se dirige a su dormitorio y trae el cuaderno de la asignatura y su celular para grabar la conversación.

—Ya ¿Estamos? —Diego le pregunta a Martín mientras pone a grabar su celular.

—Dale.

—¿Qué edad tenías cuando fue el golpe militar?

—Cuatro años—responde Martín.

—¿Qué recuerdos tienes de eso?

—Muy poco, estaba muy chico—comenta Martín—A esa edad uno está sumido en su propio mundo y no considera más cosas que sus juguetes o sus programas de televisión. Se vive en una burbuja.

—¿Y cómo te fuiste enterando de lo que pasaba?

—Había cosas evidentes como las patrullas militares que se paseaban por la ciudad, la propaganda por televisión que era insistente. Estaba el toque de queda que prohibía el libre tránsito de las personas después de cierta hora. Había una cosa rara en el ambiente y eso se notaba. A veces, yo me asomaba a la ventana y me imaginaba una pareja de militares vigilando a la vuelta de la esquina y me daba un poco de miedo.

—¿Y por qué le tenías miedo si no comprendías mucho lo que pasaba?

—Había historias que se contaban en casa. Me acuerdo de que alguna vez, los carabineros acribillaron a un joven que salió arrancando cuando los vio mientras hacía la fila en la panadería cerca de mi casa. Yo no vi nada, pero los comentarios igual me llegaban.

—¿Qué pensaban tus papás respecto a lo que sucedía?

—Había diferencias de opinión. Me acuerdo de que mi viejo estaba de acuerdo con el golpe, no así mi madre. Pero nunca hablamos directamente de eso.

—¿Cuándo comenzaste a saber más cosas?

—Habían pasado algunos años. En 1980 hubo un plebiscito para aprobar una nueva constitución de la república. La dictadura tenía pleno control de todos los medios de comunicación, sobre todo el de la televisión. Para esa oportunidad por primera vez los viejos políticos de centro-izquierda comenzaron a protestar por lo que estaba sucediendo, entonces el ex presidente Frei Montalva hizo un llamado a votar NO. Se organizó un acto en el teatro Caupolicán y el discurso de Frei fue transmitido por algunas radios en vivo. En mi casa sintonizaron la radio y escuchamos el discurso. Yo tenía 11 años para ese entonces y no entendí nada, pero pude percibir el ambiente tenso.

—¿Y cuándo te enteraste de la violación de los derechos humanos?

—En 1983, se organizó la primera protesta nacional. Distintas agrupaciones sociales se organizaron ante la imposibilidad de refundar partidos políticos que habían sido declarados ilegales. Me acuerdo de que yo iba al colegio en el centro de la ciudad y se informó que después de cierta hora no habría locomoción. Entonces, tu tía Roxana que trabajaba al frente de mi colegio, pasó por mí antes que terminara la jornada y nos volvimos temprano a casa. Luego en la noche, se cortó la luz y para saber lo que sucedía se sintonizaba la radio a pilas. Era la única forma de saber algo porque en la televisión no se decía nada al respecto, salvo que los cortes de luz se debían a atentados terroristas. Bueno, a través de ese medio se contaban más detalles de lo que sucedía. Yo estaba más grande y compartía con mis amigos que tenían otras visiones al respecto. Luego comenzaron a editarse periódicos y revistas clandestinas que informaban más cosas. De a poco, surgían las historias de lo sucedido en la década anterior. Por ejemplo, Víctor Jara era un nombre absolutamente prohibido, sus discos fueron destruidos. Andar con un cassette de él era un peligro. Pero se contaba su historia de boca en boca, algunos decían que estuvo en el estadio Nacional, otros en el estadio Chile, que le habían golpeado las manos y lo obligaron a tocar la guitarra y otras cosas más. La historia oficial se supo recién en los noventa en voz de su propia viuda.

—¿Cómo participaste en los ochentas? ¿Cómo testigo o protagonista?

—Un poco de las dos cosas. Ya con quince o dieciséis años me integré a grupos estudiantiles que participaban en las manifestaciones contra la dictadura. En 1986 hubo un movimiento grande de estudiantes

secundarios que se tomaron varios colegios emblemáticos incluidos el mío. Los universitarios eran reprimidos severamente al igual que los gremios, entonces los secundarios fuimos carne de cañón. Las fuerzas represoras no iban a ser tan severos por la calidad de menores de edad que teníamos. De a poco me fui involucrando cada vez más, pero con mucho cuidado porque reconozco que me daba miedo. Alguna vez crucé todo el centro de Santiago con la mochila llena de panfletos con consignas contra Pinochet y cada carabinero que veía hacía que mi corazón se escapara de mi pecho.

—¿Cómo participaste en el plebiscito del 88?

—Ese año ya estaba en la universidad. Me integré de lleno a la campaña por el NO y participé en cuanto marcha se organizaba. Me acuerdo de que la primera concentración a la que fui se organizó en el parque O´Higgins un par de años antes del plebiscito y fui sin contar nada en mi casa. También me acuerdo de una concentración que se hizo en la avenida Vicuña Mackenna que terminó en una marcha que llegó hasta la mismísima Moneda. Yo llegué solo hasta la plaza Italia porque los carabineros pusieron todo su contingente de fuerzas especiales, carros lanza-aguas y gases lacrimógenos. Otra, para el cierre de la campaña del NO en Gran Avenida. Esa creo fue la más multitudinaria.

—¿Qué recuerdas de la campaña televisiva?

—Eso fue extraordinario. Por primera vez en dieciséis años la oposición tenía un espacio en la televisión. Se generó mucha expectativa, ni el mejor de los estelares generó más interés que la franja televisiva. Además, el tono de denuncia, pero con un tinte festivo no dejó de ayudar a romper con el miedo que existía y la incredulidad de que eso podría servir. Había gente de oposición que no le gustó el estilo de la franja televisiva porque querían que fuese más firme y encontraban que era una estupidez el reírse del sufrimiento de la gente o hablar de la alegría cuando había gente asesinada. Pero otros decían que la franja no era para los decididos si no para aquellos que aún vivían en las nubes o tenían mucho miedo.

—¿Votaste?

—Claro, fue mi primera votación. Antes de eso, había que inscribirse en el registro electoral y eso ya era un tema, porque la dictadura jugaba con practicar a la democracia, pero con trampas. Las oficinas sólo abrían algunos días y en horarios en los cuales la gente no podía ir. Luego, ese 5 de octubre había emoción, era la oportunidad de vencer a Pinochet. Algunos creían que habría cámaras de televisión en las casetas para votar para identificar a los que votaban NO. Otros, pensaban que las urnas donde uno ingresaba el voto luego serían abiertas para esconder los votos

NO. Tantas historias que incluso pudieron ser lanzadas como rumores desde el mismo Ministerio del Interior para producir confusión. Me acuerdo de que yo estaba tan decidido y pensaba que todo eso no eran más que voladores de luces, que entré a la cabina, abrí el voto, marqué el NO, cerré el voto, lo devolví a la mesa y le metí en la urna. Todo muy rápido. Cuando salí iba pensando ¿Habré votado bien?

—¿Cómo viviste la entrega de los resultados?

—Esa fue otra historia. El primer cómputo oficial daba ganador al SI y eso generó una ola de suspicacias. Aparecieron los que no creían en el proceso diciendo que la dictadura nunca iba a reconocer la derrota y definitivamente iba a cambiar los resultados. Pasaban las horas y no se decía nada. Las radios transmitían el conteo de votos en directo y era evidente que el NO tenía mayoría, pero desde La Moneda no había una versión oficial. Pasaron los noticiarios centrales de todos los canales y no había resultados. Hasta que algunos presidentes de partidos de derecha reconocieron el triunfo del NO. Luego salió el comandante de la Fuerza Aérea diciendo lo mismo. Ya muy tarde, cuando la gente estaba en sus casas y era poco probable organizar manifestaciones, el gobierno reconoció la derrota. Fue emocionante.

—¿Cómo resumirías toda esa época?

—La dictadura de Pinochet fue unos de regímenes más crueles de la historia, no solo de Chile sino del mundo. Aplastó todo lo que olía a defensa del gobierno de Allende y de la actividad política previa al año 73. Durante toda la década de los setentas gobernó sin contrapeso, el MIR y parte del partido comunista fueron arrasados y no había espacio para hacer nada, así como un porcentaje importante de la población vivía en la ignorancia. Hubo algunos que lo intentaron, pero terminaron asesinados. En los ochentas de a poco la dictadura comenzó a debilitarse, lamentablemente no por razones humanitarias sino por razones económicas. Hubo una crisis económica gravísima y sólo así comenzó a viralizarse el disgusto. Digo lamentablemente porque finalmente cuando el bolsillo reclama, a la gente parece importarles más que la vida de las personas. Pero, se abrió una ventanita. Al principio fue una ventanita dibujada disfrazando una trampa, pero la trampa terminó siendo para el mismo Pinochet. Él jamás pensó que perdería el plebiscito del 88, algunos dicen que su entorno no lo dejó ver la realidad, pero con el afán de hacerse aparecer como democrático o acallar las críticas internacionales se hizo una auto zancadilla. No puedes jugar a la democracia cuando no crees en ella. Esa fue la brecha que las fuerzas sociales aprovecharon ante la oposición de algunos de sus propios integrantes que creían que la lucha armada era la única vía para terminar con la dictadura. No puedes ir al

choque contra una organización que está formada para ello. Había que contraatacar contra su punto débil, la decisión de la gente.

—Creo que eso es suficiente—dice Diego.

—Espero que te sirva—le responde Martín.

—Veremos que dicen los historiadores del futuro.

3º El Principio de la acción oportuna.

«No te opongas a una gran fuerza. Retrocede hasta que aquella se debilite, entonces, avanza con resolución».

Este Principio, no recomienda retroceder ante los pequeños inconvenientes, o los problemas con que tropezamos diariamente. Únicamente se retrocede, según explica el Principio, ante fuerzas irresistibles, tales que indudablemente nos sobrepasan al enfrentarlas. Retroceder ante las pequeñas dificultades debilita a la gente, la hace pusilánime y temerosa. No retroceder ante grandes fuerzas, hace a la gente proclive a todo tipo de fracasos y accidentes.

El problema aparece cuando no se sabe anticipadamente quién tiene más fuerza, si uno o la dificultad. Eso habrá de comprobarse tomando pequeñas "muestras", haciendo pequeñas confrontaciones que no comprometan totalmente la situación y que dejen espacio libre para cambiar de postura si esta fuera insostenible. Antiguamente, se hablaba de "prudencia", esa era una idea muy próxima a la que estamos explicando.

Pero hay otro punto: ¿cuándo avanzar? ¿En qué momento ese inconveniente se ha reducido en fuerza, o bien, en qué momento hemos ganado nosotros en fuerza? Vale la misma idea de tomar "muestras" cada tanto haciendo pequeños intentos, no definitivos.

Cuando la fuerza está a nuestro favor y el inconveniente se ha debilitado, el avance debe ser total. Guardar reservas en tal situación, es comprometer el triunfo porque no se va adelante con toda la energía disponible.

Esta es tu casa

Cuando Joaquín entra al departamento, Natalia se encuentra en la cocina tomando un café. Joaquín camina por el pasillo para dejar sus cosas en el dormitorio. Al volver, se da cuenta que a un costado de la puerta de entrada hay dos maletas.

—Hola—Joaquín saluda a Natalia—¿De quién son las maletas?

—Mías—responde Natalia.

—¿Por qué están ahí?

—Porque me voy.

—¿Adónde? —pregunta Joaquín.

—A casa de mis padres.

—¿Por qué?

—Porque esto se acabó.

—¿Y lo decides tú arbitrariamente?

—No es arbitrario—responde Natalia—Lo hemos conversado bastante. Nos hemos dado tiempo, lo intentamos, pero creo que ya es suficiente.

—¿No quieres pensarlo con más calma?

—Lo he pensado con mucha calma y he tratado de tener paciencia. Le he dado varias oportunidades a esta relación, pero una pareja es de a dos. Con nosotros eso fue al principio, pero después dejó de serlo.

—¿Tengo yo la culpa? —pregunta Joaquín.

—Las culpas son compartidas, pero no es el momento de buscar culpables. El tiempo será el juez y nos dirá qué pasó realmente.

—¿Crees que tu decisión pueda ser reversible?

—Nunca digas jamás—responde Natalia—Pero, sinceramente no creo.

—¿Hay alguien más?

—No.

—¿Puedo hacer algo para evitar esto?

—Ya hicimos todo.

Natalia deja la taza de café en el lavaplatos, toma las maletas y abre la puerta. Joaquín deja que ella cruce el umbral y le pregunta:

—¿Dejaste de amarme?

—No lo sé—responde Natalia y se va cerrando suavemente la puerta.

Joaquín se queda en silencio sin saber qué hacer. Después de varios segundos sin poder moverse sale al balcón del departamento y se sienta durante horas tratando de buscar una explicación sin encontrarla. Transita en momentos de maldición a sí mismo, luego culpa a Natalia, pero en seguida se retracta, está desorientado.

Horas después se acuesta, pero no puede dormir hasta que su despertador suena a las seis de la mañana. Debe levantarse e ir a una nueva jornada de trabajo. Una vez en la ducha, sufre un ataque de angustia que lo hace romper en un llanto incontenible. Se sienta en el piso de la tina bajo el agua que cae en su cabeza y permanece ahí por mucho tiempo. Finalmente se calma, sale de la ducha, se viste y se va como todos los días a su trabajo, llegando un poco tarde, pero nadie le dice algo al respecto. Ya en su oficina se apresta a revisar todos sus correos en el computador, algunos de los cuales debe responder urgentemente, pero no es capaz de redactar frases coherentes y desiste de hacerlo.

Suena su teléfono, es su jefe quien le pide que vaya a su oficina porque necesita conversar con él. Joaquín sale de su oficina y camina como autómatas y sus piernas se movieran independientes mientras su cabeza está pensando en otras cosas. Ingresa a la oficina de su jefe quien lo saluda amablemente y lo invita a sentarse.

—¿Cómo estás Joaquín?

—Bien—responde éste parcamente.

—Me di cuenta de que llegaste un poco tarde, pero no te preocupes. Te llamé para decirte que estamos realmente complacidos con tu trabajo. Tu gestión durante las negociaciones de la alianza estratégica con los franceses fue brillante. Y quería expresarte nuestra satisfacción por contar contigo en nuestro equipo de trabajo. Han valido la pena los trasnoches, los viajes, la distancia con la familia.

—Claro—dice Joaquín, tratando de esbozar una sonrisa y así ocultar su tristeza.

—¿Cuándo saldrás de vacaciones? —le pregunta el jefe.

—No lo sé aún.

—Tenemos que coordinarlo bien porque el directorio ha decidido premiarte por tu esfuerzo y te ascenderá nombrándote como uno de sus miembros consejeros ¿Qué te parece? —dice el jefe esperando una reacción de júbilo de Joaquín.

—En realidad no me lo esperaba—responde éste escuetamente—Gracias por todo.

—No eres muy expresivo—comenta el jefe—por supuesto que este ascenso vendrá acompañado de un importante aumento de sueldo.

—Genial—responde Joaquín.

—¡Ven para acá! —el jefe se pone de pie y fuerza a Joaquín a abrazarlo— ¡Felicitaciones y gracias por todo!

—A usted—responde Joaquín zamarreado por el superior.

—Y ahora, vuelve a tu oficina a organizar tus cosas porque te cambiaremos a este piso junto a todos los directores y llama a tu señora para contarle la buena nueva.

Joaquín sale de la oficina de su jefe sin saber cómo reaccionar ante lo que acaba de suceder. Está contrariado, le da rabia que este reconocimiento llegue justo en un momento de crisis personal. Es todo lo que él quería, trabajó duro para conseguir ese ascenso y ahora que lo logra no puede disfrutarlo.

Al llegar esa tarde a su departamento y encontrarlo vacío, vuelve su angustia. Toma una chaqueta y va a la casa de su madre queriendo sentir el calor del hogar original.

La señora se sorprende de ver a su hijo llegar de sorpresa un día de semana a esa hora. Joaquín al verla la abraza efusivamente durante un prolongado tiempo.

—¿Por qué vienes a esta hora? —le pregunta ella.

—Vine a verte ¿Acaso no puedo? —le responde Joaquín.

—Claro que puedes, pero no es frecuente que vengas un día de semana. Me sorprende.

—Vine a contarte una cosa—Le dice Joaquín.

—¿Es bueno o malo?

—Me ascendieron en el trabajo.

—¿En serio?! ¡Qué bueno! —exclama la señora y lo abraza de vuelta— ¡Cuéntame detalles!

—Hoy mi jefe me llamó y me agradeció por mi trabajo y me dijo que me nombraban consejero del directorio.

—Uy, eso suena importante—comenta la señora.

—El directorio está constituido por los dueños de la empresa, por lo que ser consejero es el cargo más importante para uno de los empleados.

—¡Qué bueno, hijo! Te felicito, me alegro por ti ¿Qué dijo Natalia cuando se lo contaste? —pregunta la madre.

—Ella aún no lo sabe.

—¿No se lo has dicho todavía?

—Ella se fue.

—¿Se fue? ¿Para dónde?

—Se fue de la casa.

—¿Cómo es eso?

—Nos separamos, mamá.

—Pero ¿Por qué? —pregunta la señora con un tono de tristeza.

—Las cosas no andaban bien hace tiempo. Creo que me dediqué demasiado al trabajo y descuidé mi hogar. Había días que no nos veíamos. Cuando salía al trabajo en la mañana y cuando volvía ya tarde en la noche

ella estaba durmiendo. Muchos fines de semana tuve que quedarme trabajando en la oficina o llevar pendientes a la casa. Ella me invitaba a salir, pero yo no podía porque tenía que terminar informes que debía entregar el lunes.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque sabía que, si me sacaba la mugre trabajando, me nombrarían consejero y me subirían el sueldo y podríamos hacer todo lo que habíamos soñado, las vacaciones ideales, mudarnos de departamento, cambiar el auto.

—Pero todo eso son cosas materiales—comenta la mamá de Joaquín.

—Mi jefe me dijo, cuando me dio la noticia de mi ascenso, que todo el esfuerzo había valido la pena, pero por dentro yo sentía un profundo dolor porque me di cuenta de que no era así ¿Qué saco con tener reconocimiento, posesiones, un determinado cargo si pierdo a la persona que más quiero? —A Joaquín se le quiebra la voz dejando caer unas lágrimas.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunta la señora.

—No lo sé—responde Joaquín—¿Qué habría hecho el papá en este caso?

—Bueno tu papá nunca se preocupó tanto por el trabajo. Él se conformaba con lo suficiente para tener y hacer lo que quería. Amaba profundamente a su familia y nunca la descuidó. Más de alguna vez rechazó una buena oferta de trabajo por pasar más tiempo con ustedes. Además, acuérdate que él hacía otras cosas, ayudaba a sus hermanos, participó en fundaciones, ayudó a mucha gente dedicándole su tiempo a cada uno de nosotros generosamente y siempre fue feliz.

—Es verdad—dice Joaquín—Nunca vi al viejo amargado y hacía muchas cosas.

—No hay que dedicarse sólo a una cosa porque descuidas las otras—comenta la señora—Esas cosas que son tan o más importantes, las cosas esenciales, esas que realmente son las necesarias.

Joaquín se queda esa noche con su madre y conversan hasta altas horas de la madrugada hasta que el cansancio vence a Joaquín quien no duerme hace más de un día.

Al día siguiente, llega a mediodía a su trabajo y pide hablar con su jefe. Cuando está con él le agradece desde lo profundo el nombramiento, pero le dice que en estos momentos no podría aceptarlo. Prefería seguir con su cargo e incluso pide que lo liberaran de algunas responsabilidades para tener más tiempo para sí mismo. Esa era la mejor forma de recompensarlo por el trabajo realizado. El jefe se sorprende, pero lo comprende por lo que le asegura que le mantendrá su trabajo y las regalías solicitadas.

Ya en la tarde, Joaquín vuelve a su departamento con un peso enorme menos sobre sus hombros. Saca todos los cuadros de las paredes, cambia los muebles de posición, ordena toda la ropa de los armarios, bota cuanto papel inútil ocupa espacio en sus cajones. El primer fin de semana solo va de compras y renueva toda la ropa de cama, la vajilla y la iluminación dejando una decoración sobria y cálida a la vez. Cada tarde se toma una taza de té en el balcón mirando todo ese entorno que parecía conocer por primera vez. Se acuesta temprano y ve todas las series que se perdió mientras trabajaba tanto. Descubre que le gusta estar en su casa y disfruta del descanso, de la comida, del trabajo también. Llama a viejos amigos que no veía hacía años, visita más seguido a su madre y saluda gentilmente a los conserjes y auxiliares de su condominio.

Después de varias semanas con esta rutina descubre que la vida es todo eso que pasa mientras él estaba trabajando, tratando de alcanzar algo que cuando lo obtuvo no podía compartir con nadie.

Un día, mientras veía una película comiendo una pizza en el living de su departamento, suena el timbre. Se pone las pantuflas, deja el plato con la pizza en un costado y se dirige hasta la puerta. Cuando la abre se encuentra con Natalia. Su corazón se paraliza y se queda pasmado por la sorpresa.

—Hola—dice ella.

—Hola—responde Joaquín.

—¿Puedo pasar? —pregunta Natalia.

—Perdona—se disculpa Joaquín—Soy un tonto, por supuesto pasa.

—¿Estabas viendo televisión?

—Sí, pero nada importante—responde Joaquín apagando el aparato e invitando a Natalia a sentarse.

—Está lindo el departamento. Hiciste una remodelación—comenta Natalia.

—Boté un montón de cosas inútiles.

—¿Cómo has estado? —le pregunta ella.

—Aquí estamos, nada extraordinario.

—¿El trabajo?

—Bien, estoy tratando de trabajar menos—responde Joaquín—¿Por qué vienes?

Natalia guarda silencio, se sienta en un sillón y lanza un suave suspiro.

—Te echo de menos—le confiesa ella.

—¿En serio? —responde Joaquín tomando asiento también.

—Sí. Pensé que podría sobrellevar la situación, pero la verdad es que te quiero mucho y no soporto pasar más días sin ti.

—¿Te gustaría volver? —le pregunta Joaquín tímidamente—Estoy dispuesto a dejar de hacer todo lo necesario para recuperarte.

—No debes dejar de hacer nada. Es una construcción de a dos. Yo estoy dispuesta a poner de mi parte.

—Yo también.

—¿Crees que podría quedarme contigo esta noche?—pregunta ella un poco avergonzada.

—¿Por qué lo preguntas? —dice Joaquín— Esta es tu casa.

4º El principio de proporción.

«Las cosas están bien cuando marchan en conjunto, no aisladamente».

Esto quiere decir, que si impulsados por un objetivo, desacomodamos toda nuestra vida, el logro del resultado buscado se verá sometido a numerosos accidentes y aún, si efectivamente se consigue, tendrá amargas consecuencias.

Si, para obtener dinero o prestigio, desacomodamos nuestra salud, sacrificamos nuestra gente querida, nos despreocupamos de otros valores, etc., es posible que surjan tales accidentes, que no logremos el resultado buscado. En otros casos, puede ser que lo obtengamos, pero ya no habrá salud para disfrutarlo, ni seres queridos con quienes compartir, ni otros valores que nos den sentido.

"Las cosas están bien cuando marchan en conjunto", y esto es así, porque nuestra vida es un conjunto que requiere equilibrio y desarrollo adecuado, no parcial. Si bien hay cosas más importantes que otras, cada persona debería tener una verdadera escala de valores para que lo primario, lo secundario, lo terciario, pudieran cumplirse proporcionalmente. Con la fuerza que debe aplicarse a cada cosa de acuerdo a la Importancia fijada, todas marcharían en verdadero conjunto.

Julieta

Julieta es una mujer joven que vive sola en un departamento pequeño y que sale todos los días a su trabajo muy temprano. En horario vespertino estudia porque desea perfeccionarse en su profesión para poder optar a un cargo de mayor responsabilidad en el lugar donde actualmente se desempeña. Los fines de semana los dedica a descansar, aunque le gusta salir en las mañanas y practicar deportes. Julieta tiene muchos amigos, algunos de los cuales son muy cercanos y trata de verlos periódicamente. Está soltera y sin planes de formar una pareja o una familia, se siente plena y, sin renegar del amor, tampoco lo busca compensatoriamente. Ella siempre anda de buen ánimo, saluda gentilmente a todas las personas que se le cruzan. Tiene una relación muy afectuosa con los conserjes de su edificio y sus vecinos, así también en su trabajo y en los estudios, donde se caracteriza por mostrar una actitud muy positiva lo que ayuda a generar un muy buen clima a juicio de sus propios compañeros de oficina y de estudio. Siempre tiene un gesto amable y está dispuesta a escuchar a los demás dándole visiones positivas de sus problemas.

La única excepción a esta forma de relacionarse es un vecino ya mayor que, cada vez que se cruza con Julieta, ni siquiera la mira. Sin embargo, ella nunca ha dejado de desearle un buen día.

Un día, cuando Julieta está de vuelta de su trabajo, se encuentra con su vecino en el pasillo tratando de abrir infructuosamente la puerta de su departamento. Intenta una y otra vez con todas las llaves de un manojó que se le cae un par de veces ante lo cual el hombre lanza un conjunto de improperios y maldiciones. Julieta se le acerca y le ofrece su ayuda.

—Hola, vecino ¿Le ayudo en algo?

—No se preocupe—le contesta el señor ofuscado sin dejar de probar las llaves—Es esta maldita chapa que no quiere abrir.

—Si quiere voy a buscar al conserje—dice Julieta—Él puede tener una llave maestra.

—Los conserjes no tienen idea de nada. No sirven para nada.

—¿Lo intento yo? —Julieta se ofrece a abrir la puerta.

El señor ceja en su intento, da un paso atrás, respira profundo y se queda mirando a Julieta unos segundos. Finalmente acepta el ofrecimiento de la joven y le pasa el manojó.

—¿Cuál es la llave de la puerta? —le pregunta Julieta.

—Es esta cuadrada—el señor le selecciona la llave.

Julieta intenta abrir la chapa, pero evidentemente la llave no concuerda. Prueba con una segunda y una tercera. La cuarta que usa entra con facilidad, pero no gira fácilmente. Intenta moviéndola verticalmente logrando hacerla girar y por consiguiente abrir la puerta.

—¡Ahí está! —exclama ella—No era la que me pasó sino ésta más pequeñita. De todas maneras, le recomiendo que la revise porque está un poco mañosa.

—Gracias—responde el señor parcamente.

—De nada—le dice Julieta—Cualquier cosa yo vivo al fondo del pasillo en el 602.

—Está bien, gracias de nuevo—contesta el hombre entrando a su departamento.

—¿Disculpe? —dice Julieta antes que se cierre del todo la puerta—Hace ya dos años que vivo en este edificio y nunca habíamos conversado. Ni siquiera sé su nombre.

—Jorge—contesta él tras la puerta semiabierta.

—Mucho gusto, Jorge.

—Don Jorge—retruca él.

—¿Perdón? —pregunta Julieta.

—Para ti y todo el mundo, soy don Jorge.

—Está bien, don Jorge—dice Julieta—Buenas noches.

—Buenas noches—contesta Jorge y cierra la puerta.

Julieta queda un tanto contrariada con el encuentro y una vez en su hogar, mientras toma un café, divaga acerca del porqué de la actitud de su vecino. Alguna razón debe tener para sentir tanta amargura. Más allá de enojarse se compadece de él, sobre todo porque vive solo. Esa puede ser la razón o también podría ser la consecuencia de algo que anda mal en su vida.

Al día siguiente, les pregunta a los conserjes por si saben algo de él. Los comentarios son los mismos. Sólo saben que vive solo, que no lo visita nadie, que siempre anda de mal humor y que reclama por todo lo que pasa en el edificio. Uno de los conserjes le cuenta que todos los días llama dos o tres veces para reclamar por los ruidos del vecino, porque el ascensor está sucio, que la correspondencia se le entrega atrasada o lo que sea. A los conserjes y los auxiliares no les simpatiza, todos han tenido algún altercado con él.

—Pobrecito—comenta Julieta—No lo debe estar pasando bien.

Durante semanas, el encuentro no se repite y Julieta se olvida un tanto de su vecino.

Un día, mientras Julieta descansa después de una jornada agotadora, el timbre suena. La chica se acerca y mira a través del ojo mágico. Es Jorge quien toca a la puerta.

—¡Hola, don Jorge! —saluda Julieta después de abrir la puerta.

—Hola—responde Jorge bajando la mirada tímidamente—Quería saber si me puede ayudar con un asuntito pequeño.

—Claro ¿En qué lo ayudo?

—¿Por casualidad tendrá un alicate que me preste?

—¿Un alicate? —responde con una pregunta Julieta—La verdad es que no tengo nada de herramientas. Ni alicate, serrucho, destornillador, nada.

—Ah—exclama Jorge apesadumbrado.

—Pero, tengo un utensilio que sirve para partir nueces—Julieta da la vuelta y se dirige a la cocina y después de escudriñar en un cajón vuelve con el aparato—¿Le servirá esto?

—No lo sé—contesta Jorge—Tendré que intentarlo.

—Pero ¿Para qué lo necesita? —pregunta Julieta—A lo mejor le puedo conseguir un alicate con los conserjes.

—Parece que se lleva bien con los conserjes—comenta Jorge—Tengo la llave de la cocina mala y necesito abrirla porque no cierra bien el paso de agua.

—¡Ah! Entonces eso le puede servir—responde Julieta indicando el dispositivo que le entregó a Jorge—Pero espéreme un poco, me pongo zapatos y me consigo un alicate.

Julieta va a su dormitorio, se pone un calzado cómodo y toma las llaves para acompañar a Jorge. Ella baja al primer piso y pregunta por la herramienta en la recepción. Uno de los auxiliares tiene una caja de herramientas y le presta una llave francesa y le dice que esa le podrá servir más. Al volver se da cuenta que Jorge se encerró en su departamento. Toca el timbre y espera unos segundos. Jorge abre la puerta y le cuenta a Julieta que su herramienta no sirve. Ella con una sonrisa en la cara, le muestra la llave francesa a Jorge. El señor toma la herramienta y de inmediato se dirige a su cocina dejando la puerta abierta. Julieta no puede evitar mirar hacia el interior cerciorándose de un desorden generalizado con libros en el suelo, vajilla en la mesa del comedor, lámparas sin pantalla, entre otras cosas.

—¡Puede pasar si quiere! —dice fuerte Jorge desde la cocina.

—Gracias. ¿Pero sabe don Jorge? La verdad es que me incomoda un poco que me trate de usted. Si le gusta, yo lo trato de usted, pero a mi tutéeme.

—Estoy acostumbrado a ese trato—responde Jorge—Pero entiendo que tú, al ser tan joven no te guste.

—¿Funciona? —pregunta Julieta entrando a la cocina.

—Sí—responde Jorge haciendo girar con dificultad una tuerca que sujeta la llave a la base de ésta.

—Los conserjes tienen de todo—comenta Julieta—A mí me han salvado de varias.

—Los conserjes son unos inútiles. Algunos no terminaron la enseñanza media y están trabajando aquí.

—Bueno, no creo que sea necesario estudiar algo para ser conserje—responde Julieta.

—La educación es lo más importante. Si no estudias serás un inútil toda la vida.

Julieta lo mira extrañada, no quiere discutir con él y aprovechar ese minuto de confianza que tuvo el cascarrabias de su vecino al hacerla pasar a su departamento. Jorge ya ha terminado de soltar la tuerca y saca la llave de su base.

—Mira—Jorge invita a Julieta a acercarse—Esa gomita que vez rodeando el caño sirve para regular el paso del agua, pero con el tiempo pierde su elasticidad y la llave ya no cierra bien dejando el agua correr todo el tiempo y la cuenta se va a las nubes. Esa goma se saca y se reemplaza por una nueva.

Jorge ejecuta lo señalado y rearma el sistema con la ayuda de la herramienta prestada. Una vez terminado, abre la llave de paso que está bajo el lavaplatos y gira el grifo que deja pasar el agua sin problemas.

—¡Qué fácil! —exclama Julieta.

—Muy fácil—contesta Jorge—Y un gasfiter te cobra un montón de plata por esta tontera. La gente que no sabe cae redondita.

—Ahora ya sé que usted me puede ayudar si me pasa algo similar—dice Julieta.

—Ten la llave francesa—Jorge le entrega la herramienta a Julieta—dale las gracias al conserje.

—Puede dársela usted si quiere—le propone Julieta.

—Tú lo pediste, tú lo devuelves.

Julieta se despide de Jorge y va a la recepción a devolver la herramienta para después recluirse en su departamento para descansar.

Un par de semanas después Julieta y Jorge coinciden en el ascensor. Ella muy amable lo invita a tomar té en su departamento.

—No, gracias, no tomo té—es la respuesta de Jorge.

—En realidad, lo del té es una excusa para compartir un poco. Puede tomar lo que quiera, un café, agua de yerbas, tengo vinito, un vaso de agua o simplemente nada.

—No, te agradezco, pero sólo quiero descansar.

La puerta del ascensor se abre y cada uno enfila hacia sus respectivos hogares después de despedirse.

Un rato después, cuando Julieta disfruta de un tazón de té viendo televisión en su dormitorio, suena el timbre. La joven se levanta y se dirige hasta la puerta para ver quien toca. Es su vecino, cabeza gacha detrás de la puerta.

—Hola, acepto tu invitación—dice él una vez que la chica ha abierto la puerta.

Ella le responde con una sonrisa amable y lo invita a pasar. Jorge se sienta en el living al mismo tiempo que Julieta va a la cocina a poner el hervidor.

—Bonito tu departamento—dice Jorge.

—¿Le gusta? Ese es el beneficio de vivir sola. No es necesario desvivirse haciendo aseo u ordenar. De hecho, casi ni paso en mi casa. Llego sólo a dormir.

—Yo también vivo solo, pero todo es un desastre. No me gusta ordenar. Cada dos días lavo los platos. En la noche trato de moverme lo menos posible para no tener que hacer la cama al día siguiente.

—¿Y cómo lo hace con la ropa? —pregunta Julieta.

—La llevo a la lavandería, una vez a la semana llevo una bolsa grande con ropa sucia. Es fácil y no es caro. También una vez a la semana viene una señora a hacerme el aseo. Claro, la dejo sola, porque odio el ruido de la aspiradora y el olor a limón del lavapisos.

—Ha hecho frío en estos días ¿No le parece? —comenta Julieta desde la cocina.

—Mucho frío y lo peor es que el combustible está cada vez más caro por lo que todo se va en calefacción.

—¿Qué hace en el día?

—Muchas cosas—responde Jorge—Me levanto muy temprano. Ya verás que mientras más viejo, más temprano te despiertas. Tomo desayuno y luego voy al quiosco de la esquina a comprar el periódico. Sí, soy de los pocos que aún lee el diario impreso. Más tarde escribo un poco, después salgo a caminar por el vecindario y vuelvo a tomar once, leo un poco y me acuesto. Y así todos los días.

Julieta ha vuelto de la cocina con una bandeja, dos tazas de té y un pocillo con galletas.

—Así que escribe—dice ella—¿Qué escribe?

—Nada importante. A veces son simples reflexiones, comentarios de actualidad, alguno que otro cuento, lo que me surja.

—¿Ha publicado un libro alguna vez?

—¡Noooo! —responde Jorge con una leve sonrisa en sus labios—Son escritos para mí, no tienen valor literario.

—¿Y cómo lo sabe, si nadie más lo ha leído? —pregunta Julieta.

—Porque no es mi intención compartirlo con nadie.

—¿Para qué escribir entonces?

—Para recordar, ejercitar la memoria. Dicen que mientras más uno lee o escribe en su vida menos posibilidad de tener una enfermedad a la cabeza como el alzhéimer. Algunos creen que somos unos seres sociales, pero a mí no me gusta la gente por eso converso con mi libreta. Es mi forma de dialogar, claro está que dialogo conmigo mismo, pero creo que hace bien.

—Yo también lo creo—dice Julieta—Sin embargo, creo también que hace bien conversar con alguien más ¿Por qué no le gusta la gente?

—Porque la gente es mala. Siempre está pensando en cómo aprovecharse de uno. Mira la delincuencia, casi no se puede salir a la calle. Ver las noticias es para quedar deprimido. Antiguamente esas cosas no se veían. La gente convivía en paz, había más vida de barrio, la familia compartía más. El otro día mostraron una noticia donde una conductora de un furgón escolar atropelló a una niña y salió arrancando con el vehículo lleno de niños. Imagínate los padres que creen que los niños van seguros al colegio en esas camionetas con alguien supuestamente confiable. La gente te roba, engaña, miente.

—¿Usted cree que soy así? —pregunta Julieta.

—Al principio, sí. Cuando te ofreciste a ayudarme con la puerta, dije ¿Qué querrá esta niña? Pero luego me di cuenta de que eras distinta.

—No crea todo lo que dice la televisión. La delincuencia es un tema que todos lo usan como plataforma para vender más o conseguir votos en el caso de los políticos. Es fácil generar la sensación de inseguridad. Fíjese que hay personas que no son capaces de darse cuenta de que las películas son historias ficticias. Finalmente terminamos comprando sistemas de seguridad, nos quedamos más tiempo en nuestras casas viendo televisión y recibiendo los mensajes de aquellos que lo controlan todo y por quienes terminamos votando para que controlen todo.

—Eso demuestra lo que te digo—dice Jorge.

—Bueno, en parte, porque si uno no se cree el cuento, sale a la calle y se da cuenta que no hay balaceras cada vez que se va a comprar pan a la esquina, o que el saludar a la gente no tiene nada malo, al contrario, genera vínculos. La gente se queja que no conoce a sus vecinos salvo cuando hay algún terremoto, pero no hace nada por cambiar eso. La gente no es mala, a veces decimos eso porque no la conocemos, si nos diéramos la oportunidad de conocer a quienes nos rodean descubriríamos a gente linda, con historias comunes, anhelos valorables. Personas con muchas preguntas acerca de cómo resolver sus problemas, pero no se atreve a compartirlas renunciando a la posibilidad de que el otro tenga la

experiencia de haber resuelto un problema similar y le dé algunas pistas. No somos egoístas por naturaleza, sino las circunstancias nos hacen egoístas. Nos han metido en la cabeza que no debes sentir compasión y no hay nada más humano que la compasión. Me conmueve el sufrimiento del otro cuando creo haber sentido lo mismo alguna vez, pero debo saber qué es lo que hace sufrir al otro.

—Tú ves el lado positivo de las cosas y yo, el negativo—comenta Jorge.

—Debiéramos juntarnos más seguido y complementarnos—responde Julieta.

Jorge termina de tomar su té, menciona que ya es tarde y debe volver a su departamento. Julieta le agradece su visita y lo invita para cuando él lo desee.

—Que duerma bien, don Jorge—le desea Julieta cuando Jorge ya enfiló hacia su hogar por el pasillo.

—Puedes decirme Jorge nomás— responde Jorge sin mirar hacia atrás.

—Está bien. Buenas noches, Jorge—se despide Julieta.

Al día siguiente cuando Julieta llega de la universidad, al abrir la puerta encuentra un sobre cerrado tirado en el suelo. No dice el remitente e intrigada lo abre de inmediato. Es una carta de su vecino diciéndole: *"Mañana es viernes, víspera de un nuevo fin de semana. Te invito a cenar en mi departamento. Ojalá puedas venir. Te espero a las 20:00 horas. Buenas noches"*.

Julieta se siente complacida. Cree que es un gran honor que el vecino más controvertido del edificio la invite a cenar.

Al día siguiente, llega temprano para arreglarse. Considera una oportunidad muy especial la invitación y se arregla como si fuera una cita romántica. A la hora convenida en punto, toca el timbre de su vecino.

El caballero abre y la hace pasar sin antes agradecer que aceptara la invitación y le dice lo bonita que está mientras la joven se sienta en el living. El inmueble está muy distinto de cómo lo vio anteriormente. Todo está muy ordenado, los muebles impecables y el suelo reluciente. Un olor muy agradable sale desde la cocina. Jorge sale de ella con una bandeja y dos copas de vino blanco.

—Muchas gracias, Jorge—dice Julieta.

—Yo terminaré de preparar la cena, mientras tú puedes poner música o conversarme desde aquí.

—Gracias—responde ella.

Julieta se acerca a un equipo de música pequeño instalado en un mueble pegado a la pared. Junto a él, hay un porta CDs con mucha música de décadas pasadas. La joven escoge un disco de música swing y lo pone en el reproductor.

—¡Buena música! —exclama Jorge desde la cocina.

Julieta revisa todos los estantes, mirando la decoración y cada uno de los pequeños adornos que se ven relucientes. En esa revisión se encuentra con la fotografía de una mujer muy linda en blanco y negro.

—¿Es tu mujer? —pregunta en voz alta.

—¿Qué? —contesta Jorge saliendo de la cocina.

—¿Quién es? ¿Es tu esposa? —insiste Julieta mostrándole el cuadro.

—Sí, es mi mujer.

—¿Qué es de ella?

—Murió hace diez años.

—¡Oh! Lo siento—dice Julieta.

—No hay cuidado—dice Jorge volviendo a la cocina—No tendrías por qué saber eso.

—¿De qué murió? —pregunta la joven.

—Tenía cálculos en la vesícula y no se operó a tiempo. Uno de esos cálculos salió de su lugar y se alojó en el páncreas, lo que le produjo una pancreatitis aguda. Estuvo tres días en la UCI y no soportó las operaciones.

—Es una pena—comenta Julieta—¿La echas de menos?

—Mucho—responde Jorge—Todavía siento su cuerpo a mi lado cada noche cuando me acuesto. Antes de dormirme le deseo buenas noches y que duerma bien.

—Nuestros muertos siguen estando con nosotros—dice Julieta.

—Pareciera que es así.

Jorge sale de la cocina con los platos de la cena y los coloca en el comedor invitando a su vecina a pasar a la mesa. Le sirve vino tinto en la copa y la insta a probar su mano.

—¡Uhhmmm! —exclama Julieta al degustar la comida—Está delicioso.

—Qué bueno que te guste.

—¿Tienes hijos? —pregunta Julieta.

—Tengo una hija. Ella es un poco mayor que tú.

—¿Vive aquí en la ciudad?

—Sí, a algunas cuadras nomás.

—¿Y nietos, tienes?

—Sí, tres.

—¿Los ves seguido?

—Lamentablemente, no.

—¿Por qué?

—Mi hija está enojada conmigo.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque soy un idiota. Después que jubilé, me quedé sin actividades, es como que la vida se acabó, nada tenía mucho sentido. Un par de años después, mi mujer enfermó de un día para otro y se murió y me quedé solo. Me dio pena y rabia al mismo tiempo. Hubiese preferido morir yo antes. Sé que no soy amable con nadie, no le simpatizo a la gente y tienen razón, soy muy desagradable. Pero, no siempre fui así, se me juntó todo eso y me volví un cascarrabias. Con mi hija discutíamos siempre porque quería que me fuera a vivir con ella, pero yo, no. Por ahí en una de las tantas discusiones dije cosas que no debía y que ni siquiera sentía y la ofendí mucho. Desde esa vez no nos hablamos.

—¿Te gustaría verla?

—Por supuesto, me gustaría abrazarla, ver a mis nietos y regalonearlos.

—¿Por qué no lo haces?

—Supongo que por vergüenza y orgullo.

—Si hay algo inútil en el comportamiento humano es el orgullo ¿Para qué sirve? —dice Julieta—Disculpa si me entrometo en lo que no me corresponde, pero creo que deberías llamarla, por lo demás, es tan fácil. Basta con marcar un número en una maquinita llamada teléfono y esperar que alguien conteste al otro lado de la línea. La gente a la cual tu tanto odias, tiene historias parecidas. Desencuentros estúpidos con gente muy querida que se mantienen en el tiempo por culpa del famoso orgullo que nos impide reconocer nuestras faltas o demostrar cariño.

Julieta se pone de pie y toma el teléfono inalámbrico desde una mesa de arrimo y retorna a la mesa.

—¡Ya! Díctame el número de tu hija—Le ordena a Jorge.

—No me lo sé, pero debe estar registrado en la memoria.

—¿A ver? —dice Julieta manipulando el artefacto en busca de la opción menú—¿Cómo se llama?

—Angélica.

—Aquí está—dice la joven una vez que encontró el contacto—¡Habla con ella!

Le pasa el auricular a Jorge y este, un poco reticente; se pone el artefacto en la oreja. Espera varios segundos. Al parecer no contestan.

—No debe estar en casa—dice Jorge.

—Qué mala suerte—comenta Julieta—Pero, ya sabes cómo hacerlo. Basta con que te atrevas y ya está.

—¿Por qué eres así? —pregunta Jorge.

—¿Cómo?

—Tan optimista, positiva, tan feliz.

—No lo sé. Me surge desde adentro—responde Julieta indicando su corazón—Debe ser porque no tengo conflictos con nadie y ningún pendiente en mi vida.

—Te confieso, que mi vida en algo cambió desde ese día que me ayudaste con las llaves—reconoce Jorge.

—Me da gusto saberlo—contesta Julieta con una gran sonrisa.

—Eres muy linda, una gran mujer y una mejor persona. Ojalá todo el mundo fuera así.

Después de esto, la cena continuó y la conversación avanzó por caminos más triviales. Julieta se siente complacida porque Jorge se esmeró en hacerla sentir muy bien y preparó todo con mucho cuidado y cariño. Ese cariño que tenía guardado, casi atorado en su pecho y que estaba esperando a alguien por quien expresarse.

Luego de tomar un café, Julieta se excusa y decide retirarse, sin antes agradecer la invitación. Jorge le promete que no será la última vez y le confiesa que cree haber encontrado una muy buena amiga.

Se abrazan efusivamente antes de que Julieta se vaya y luego se despiden dándose las buenas noches.

Al día siguiente Julieta va de visita a la casa de sus padres y comparte con ellos toda la tarde. Se siente tan bien que ante la pequeña sugerencia de su madre de que se quede esa noche con ellos, acepta de inmediato. Ya el domingo, después de almuerzo, vuelve a su departamento. Cuando entra a la recepción del edificio, se encuentra con Jorge quien se despide de su hija, su yerno y sus tres nietos.

—Chao abuelo—se despide cada uno de los niños con un largo y efusivo abrazo.

Julieta pasa por un costado tratando de pasar desapercibida. Su corazón está sobresaltado de felicidad y se emociona casi hasta las lágrimas. Entra al ascensor y ahí espera a su vecino quien saluda con la mano derecha en alto a su familia mientras esta se aleja. Luego, Jorge se da vuelta y se encuentra de frente a Julieta y entra al ascensor.

—La llamaste—dice Julieta.

—Sí, me atreví a llamarla.

—¿Y cómo estuvo el reencuentro?

—Hermoso.

—¿Aclararon los malentendidos?

—¿Qué malos entendidos? —pregunta Jorge sonriendo.

—Me alegro mucho, Jorge.

—Lo sé—responde él.

Ya en el piso, salen del ascensor y cada uno enfila a sus respectivos departamentos.

—Es un buen día para guardarse en la casa y descansar. Hace mucho frío—dice Julieta haciendo un gesto de entumecimiento.

—Cierto—responde Jorge—Es un día muy hermoso.

Ambos sonríen y se despiden.

5º El Principio de conformidad.

«Si para ti están bien el día y la noche, el verano y el invierno, has superado las contradicciones».

Este Principio destaca de forma figurada la oposición de las situaciones. Sin embargo, tal oposición podrá ser conciliada si se modifica el punto de vista respecto al problema.

El excesivo calor del verano, hace pensar compensatoriamente en el frío del invierno y a la inversa. Toda situación difícil hace evocar o imaginar a su antagónica, pero una vez en ella, vuelve la disconformidad. Entonces la compensación nos lleva a su punto opuesto. Allí donde aparezca el sufrimiento, la compensación se pondrá en marcha, pero no por ello el sufrimiento mismo será vencido.

Es muy distinto el punto de vista y el comportamiento frente a las dificultades, por parte de quien está orientado por un sentido de vida definitivo. Si alguien cree que su vida tiene un sentido y que todo lo que le sucede sirve a su aprendizaje y perfeccionamiento en esa dirección, los problemas que le aparezcan no tenderán a ser eludidos compensatoriamente, sino que los asumirá descubriendo también en ellos alguna utilidad. El frío del invierno será aprovechable y también el calor del verano y cuando cada uno se presente, esa persona dirá: "¿En qué se oponen las estaciones si ambas me sirven?"

El gran susto

De a poco los amigos y familiares de Roberto han llegado al servicio de urgencia para recabar información acerca de su situación. Ema, su madre, ha sido la encargada de explicar una y otra vez los acontecimientos a los que van llegando.

Roberto como todos los viernes saliendo de su trabajo se juntó con unos amigos en un boliche. Ahí estuvieron hasta cerca de la medianoche cuando algunos del grupo decidieron retirarse a sus casas. Los que se quedaron, pasaron a otro boliche debido a que en el primero les pidieron que se retirasen porque tenían que cerrar. En el nuevo local estuvieron unas tres horas más hasta cuando deciden irse. Los amigos viven en distintos partes de la ciudad por lo que toman móviles distintos y se separan. Roberto quedó solo. De ahí nadie tiene certeza de lo que pasó. Esa noche Roberto no llegó a casa y Ema quedó muy preocupada al no verlo en su cama durante la mañana. Trató vanamente de llamarlo por teléfono. Después de varios intentos, comenzó a llamar a los amigos. Algunos de ellos ni siquiera habían estado en el grupo, otros eran de la avanzada que se retiró temprano. Ya al final contactó a uno de los amigos que lo dejaron en un paradero esperando taxi. Ninguno tenía una explicación a la ausencia de Roberto. Ya a media tarde, Ema recibe un llamado de carabineros quienes le informan que su hijo estaba en el servicio de urgencia, aparentemente víctima de un coma etílico.

Ema, junto a otro de sus hijos, se acercó al centro hospitalario. Ahí se enteró que era algo más que un shock etílico porque, en un momento de la noche, se desvaneció perdiendo la conciencia cayendo estrepitosamente al suelo golpeándose fuertemente en la cabeza. En la mañana, el dueño de un almacén lo encontró tirado en la calle frente a su local al momento de abrir. Él fue quien llamó a carabineros y estos a la ambulancia. En el operativo de rigor en el servicio de urgencia, carabineros se percató que Roberto traía todas sus pertenencias, descartándose así un asalto. En su celular se encontraba el teléfono del hogar en el cual contactaron a Ema.

El lugar en el que fue encontrado estaba un tanto retirado del paradero donde los amigos de Roberto lo dejaron solo. Una de las teorías es que Roberto habría tomado un taxi, pero el chofer al verlo en esas condiciones lo hizo bajar del automóvil. Luego de eso, habría deambulado perdido por unos minutos hasta que se cayó y se golpeó.

Unas hermanas y sobrinas de Ema la sacan al patio para que respire y deje de ser asediada por los curiosos. El cargo de informante quedó en otros personajes cada uno de los cuales agrega más antecedentes ficticios que hacen de la situación algo cada vez más increíble. Versiones de posibles asaltos, riñas callejeras y otros no hacían más que crear confusión.

Cerca de la noche un doctor pide conversar con Ema. La señora junto con Pablo, hermano de Roberto, entran a un sector más privado de sólo acceso a personas autorizadas.

—Buenas noches, soy el doctor Farías—se presenta el médico—¿Qué son ustedes del paciente?

—Yo soy la mamá y él, el hermano—responde Ema.

—Le cuento señora Ema, su hijo está en coma inducido. Al momento de ser encontrado presentaba un cuadro de shock étlico importante del cual podría ya haber despertado, también presentaba un cuadro de hipotermia del cual se recuperó, pero el golpe que se dio en la cabeza provocó un edema que hizo necesario inducir el coma para poder tratarlo. Si el edema no se deshace, tendremos que realizar una operación para reducir la presión craneal que se está produciendo.

—¿En qué consiste esa operación, doctor? —pregunta Pablo

—Hay que abrir la cabeza y extraer el líquido acumulado para recuperar la presión normal. La operación es muy delicada así que debemos esperar cómo reacciona al tratamiento previo para confirmar o descartarla.

Ema está muy nerviosa, un sudor frío le entumece las manos y piernas. Permanece aferrada a Pablo en todo momento y escucha al doctor sin entender del todo lo que dice en términos científicos, pero comprende que la situación es de gravedad.

—Dígame, señora—dice el doctor—¿Su hijo padece de alguna enfermedad crónica?

—No, doctor, al menos, no diagnosticada—responde la señora.

—Mire, desde que fue ingresado en la mañana, le hemos hecho varios exámenes distintos y hemos encontrado varias anomalías a nivel renal, hepático y cardiovascular ¿Su hijo es alcohólico?

—Mi hermano toma de vez en cuando—se apura en responder Pablo—Pero de ahí a decir que es alcohólico es mucho.

—Lo que pasa es que el daño en los órganos mencionados es propio de un cuadro de alcoholismo. Piensen que este problema no siempre es tan evidente. La dependencia se manifiesta en que el individuo no puede controlar el consumo. A lo mejor es la primera vez que Roberto queda en este estado, pero eso no quiere decir que no tenga un patrón de dependencia con el alcohol.

—No, mi niño no es un borracho—dice Ema.

—Bueno, mi deber es decirle todo esto porque si Roberto sale de esto, deberán tomar cartas en el asunto.

—¿Qué es lo que sigue ahora, doctor? —pregunta Pablo.

—Como les digo, está en observación. Las primeras veinticuatro horas son clave. Si no se deshace el edema tendremos que operar.

—¿Es posible que quede con secuelas? —pregunta Ema.

—Sí. Todo golpe en la cabeza es muy peligroso sobre todo por la intensidad del golpe de Roberto. El líquido que presiona el cerebro puede provocar daños en el funcionamiento de los sentidos o el sistema nervioso y es posible un daño motor.

Luego de esto, Ema y Pablo salen a la sala de espera y se reúnen con el resto de la familia y los amigos. Los funcionarios del hospital les comunican que deben abandonar el lugar y que pueden recabar información llamando por teléfono.

Algunos familiares se ofrecen a acompañar a Ema durante la noche. Ella acepta y se retira a su hogar para dar paso a una larga jornada de rezos y pedidos por la salud de Roberto.

Al día siguiente, Ema y Pablo van muy temprano a la urgencia del hospital. Llegando al lugar, no hay más información que la formal que dan en un mesón luego de una revisión computacional. Una enfermera les comunica que cerca de mediodía el doctor de turno les dará un informe.

Pablo aprovecha la espera para traerle un café y algo para comer a su madre debido a que no desayunaron antes de salir de casa y más tarde se les suma una hermana de Ema. Pasado el mediodía, Pablo se impacienta y pregunta por el doctor, pero no recibe respuesta satisfactoria. Dos horas después, los llaman por altoparlantes para conversar con el doctor.

—Buenas noticias—le dice un doctor distinto al del día anterior— No será necesario operar a su hijo, ha respondido muy bien al tratamiento. El edema bajó, pero aún lo tenemos dormido. De a poco se le irá bajando las dosis de calmante y creemos que podría estar despertando ya en la tarde.

Ema parece revivir después de escuchar esas palabras y aprieta firme la mano de Pablo quien la abraza muy contento.

—¿Podemos verlo? —pregunta Ema—Desde ayer que no nos han dejado verlo.

—Le diré a la enfermera que los deje pasar en un ratito más.

Madre e hijo salen a la sala de espera y se funden en un gran abrazo al cual suman a la hermana de Ema.

Minutos después, les comunican que pueden pasar. Roberto está inconsciente pero el sólo verlo tranquiliza a Ema. Más tarde, los hacen pasar nuevamente cuando Roberto ya está despierto, aunque habla como si siguiera ebrio. Dice cosas incoherentes, evidencia que aún no está totalmente lúcido.

Al tercer día, Roberto se comunica mejor. Relata los hechos que vivió esa fatídica noche. Dice que se acuerda hasta que toma un taxi cuando se fueron sus amigos, de ahí se le borra todo. No sabe qué pasó en el interior del vehículo de alquiler, ni cómo llegó a dar a la calle inconsciente. Le repite varias veces a su madre que esto no se volverá a producir, que aprendió la lección.

Roberto, permanece dos días más en el hospital hasta que lo dan de alta. Al salir bromea diciendo que deberá salir el viernes a celebrar con los amigos, pero a Ema no le gusta la broma y lo regaña severamente diciéndole que no lo dejará a sol ni sombra para controlarlo. En casa, hay un momento en el que Roberto se queda solo con Pablo en su pieza.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta Pablo.

—Físicamente, bien, psicológicamente pésimo—responde Roberto.

—¿Por qué?

—Estuve súper cerca de la muerte, hermano. Esto no lo cuento dos veces.

—¿Tienes algún recuerdo del tiempo en que estuviste en coma?

—No. Los primeros recuerdos son de cuando desperté y estaban ahí ustedes frente a la cama.

—No viste la luz al final del camino, entonces—dice Pablo.

—Literalmente, como la gente lo imagina o algunos dicen, no, pero cuando recuperé la consciencia y me quedé solo en la habitación, se me pasaron muchas cosas por la cabeza. Jamás había sentido tan fuerte la sensación de finitud. Hasta el viernes me creía inmortal, ahora sé que, al menos este cuerpo, tiene límites. He sido muy irresponsable con él.

—El doctor sugirió que eras alcohólico—le cuenta Pablo.

—Puede ser. Si hace una semana tú dices eso, probablemente te habría golpeado, pero ahora revisando mi comportamiento en los últimos años, creo que así lo es. Pensaba que era muy divertido salir todos los viernes y sábados. De vez en cuando también un lunes, o un martes y así sigue y sigue. Uno dice, es una copita nomás, pero es una copita todos los días y muchas veces más de una copita diaria.

—¿Y por qué llegaste a este límite?

—No lo sé—responde Roberto—Pasaré un tiempo en que lo descubra. No es un simple pasarlo bien. A lo mejor, porque la estoy pasando mal y uno trata de disfrazar todo tratando de ser feliz, pero es una felicidad falsa, porque se te pasa la embriaguez y sigues siendo el mismo, haciendo las

mismas actividades, teniendo las mismas sensaciones. Se busca la evasión, te haces el loco, no le haces caso, pero ahí está.

—¿Qué cosa?

—El sin sentido.

Roberto se queda en silencio después de decir esto. Pablo tampoco tiene palabras. Los dos están ahí mirando hacia distintos lugares sin decir nada.

—¿Crees que puedes dejar de tomar? —pregunta Pablo.

—Solo, no creo. Necesitaré de tu apoyo, del de mi vieja, mis amigos.

—Tienes que hablar con tus amigos, porque deben tomar en cuenta que tienes que rehabilitarte y no servirá de nada si te invitan a tomar un trago cada fin de semana.

—Lo sé, hay amigos y amigos. Los amigos de verdad comprenderán, los otros, los eliminaré del menú de contactos.

—¿Le tienes miedo a la muerte después de esto? —pregunta Pablo.

—Sí, al menos a la muerte de la que estuve cerca. Es una tontera morir así. Como la muerte es algo inevitable, trataré de que sea de otra forma.

—Pasaste susto.

—Sí, fue un gran susto.

6º El Principio del placer.

«Si persigues el placer te encadenas al sufrimiento. Pero, en tanto no perjudiques tu salud, goza sin inhibición cuando la oportunidad se presente».

Este Principio puede resultar chocante en una primera lectura, porque se piensa que se está diciendo: "Goza, aunque perjudiques a otros, ya que el único freno es tu salud personal". Pues bien, eso no se está diciendo. En realidad, se explica que es absurdo el deterioro de la salud por el ejercicio de placeres exagerados o directamente nocivos. Pero, además, se destaca que la negación prejuiciosa del placer produce sufrimiento; o que el ejercicio del placer con problemas de conciencia, también es perjudicial. En fin, la idea principal es aquélla de no perseguir el placer, sino de ejercitarlo sencillamente cuando se presenta, ya que buscar cuando no está presente el objeto placentero o negarlo cuando aparece, siempre son hechos acompañados de sufrimiento.

A este Principio (como a todos los otros), no hay que sacarlo del conjunto o interpretarlo de manera que se oponga a otros. De este modo, hay otro Principio que dice: «Cuando tratas a los demás como quieres que te traten, te liberas», Por consiguiente, el sentido cambia cuando se ejercita el conjunto, no un Principio aislado.

El pianista

—¡Maestro! ¡Veinte minutos para salir a escena! —dice el coordinador desde el pasillo golpeando en la puerta del camerino.

Juan Carlos está de frente al espejo acomodándose el corbatín de su traje. Es su debut en Santiago después de diez años exitosos en Europa y Estados Unidos. Sus conciertos se agotaron con meses de anticipación y existe mucha expectativa por las presentaciones para el que es hoy en día es el mejor pianista chileno.

Mientras se mira en el espejo, repasa rápidamente su vida y cuál fue el camino para llegar a este momento tan anhelado. El recorrido no ha sido fácil, han sido años de sacrificios y una vida dedicada disciplinadamente a prepararse, estudiar y perfeccionarse en el arte de la interpretación musical en piano. A los ocho años, su padre contrató un profesor particular para que le hiciera clases luego que en el colegio le dieran indicios de su talento. Desde ese día, dedicó tarde tras tarde después del colegio a practicar hasta que su permanencia en la escuela fue insostenible.

—¿Te vas? —le pregunta una compañera de curso en el pasillo mientras los padres de Juan Carlos hacen los trámites para retirarlo del establecimiento.

—Sí—responde Juan Carlos muy despacio tratando de aguantar las lágrimas en sus ojos.

Después de eso, no sólo tenía un profesor de piano sino un par de profesores que lo preparaban para rendir exámenes libres. Nunca tuvo amigos en la infancia, nunca jugó un partido de fútbol en la calle, nunca fue a un parque de diversiones. Su vida estaba predestinada para ser el más notable de los pianistas del mundo.

Un día, el profesor de piano renunció a su trabajo debido a que sentía que ya no podía enseñarle nada más y les recomendó a los padres de Juan Carlos inscribirlo en el conservatorio nacional para luego postular a alguna beca para seguir su preparación en alguna de las escuelas más prestigiosas de música del mundo.

Así lo hicieron. Juan Carlos estuvo cuatro años en el conservatorio y con diecisiete años partió a Nueva York a estudiar en Juilliard. Su madre lo acompañó los primeros meses hasta que se adaptara, luego ella retornó a Chile y él se quedó solo en Estados Unidos. El comienzo no fue fácil, en dicha escuela se encontró con decenas de jóvenes tanto o más talentosos que él, pero su perseverancia y su disciplina casi miliciana lo llevó a

destacarse. Tuvo que superar la competencia, las envidias y uno que otra discriminación por su proveniencia, pero se sobrepuso.

A los veinte años ganó su primer concurso internacional de interpretación en piano, evento realizado en la ciudad de San Francisco con más de una cincuentena de concursantes provenientes de todo el mundo.

En Juilliard se enamoró de una hermosa estudiante de danza costarricense llamada Joan. Todos los días una vez terminados sus ensayos, pasaba por el pasillo de danza y se quedaba tras la puerta mirando como Joan practicaba y se movía grácilmente. Ella comenzó a notar su presencia, pero no le dio mucha importancia porque no sabía que era por ella que él estaba ahí cada tarde. Luego se hicieron amigos y Juan Carlos la acompañaba a su casa todos los días. La relación no se consolidó porque Joan recibió una invitación para continuar sus estudios en París. Juan Carlos estuvo a punto de declararle su amor y pedirle a Joan que no se fuera, pero no se atrevió y aunque después continuaron en contacto a distancia, la chica dejó de escribirle de un día a otro.

Luego de graduarse, comenzó un largo periplo postulando a centenares de teatros y elencos reconocidos. Muchas veces lo rechazaron porque no había cupos, en otras simplemente por ser demasiado talentoso para lo que necesitaban. Optó por continuar por el camino de los concursos, hasta que de a poco comenzó a recibir invitaciones ya no como postulante sino como artista de repertorio. Su fama fue creciendo paulatinamente y su prestigio en el cerrado circuito de la música docta también.

Ha visitado las principales capitales del mundo y se ha presentado en los mejores teatros. Ha interpretado a Beethoven, Chopin, Schubert, Liszt, Debussy, Satie. Siempre con mucho éxito. El público lo aplaude de pie y lo obliga a salir una y otra vez al escenario.

—¡Diez minutos! —El coordinador lo saca de su divagación.

Juan Carlos respira hondo, toma un sorbo de agua y cierra los ojos para concentrarse, pero no puede evitar las imágenes de una vida distinta, alejado de las renunciadas, la disciplina, las extensas prácticas. Una vida como la de todos los niños, adolescentes, jóvenes universitarios, hombres comunes y corrientes.

Juan Carlos corre y corre por las calles de Nueva York, en busca de Joan, quien mañana hará los trámites para viajar a París. Apenas puede respirar cuando llega al edificio donde vive la joven y toca insistentemente el citófono. Joan le abre una vez que él se ha identificado. Juan Carlos sube corriendo las escaleras y golpea la puerta de Joan, quien le abre sorprendida y contenta a la vez.

—¿Qué haces a estas horas de la noche?!—le pregunta ella.

—Vine para hacer lo que no me atreví a hacer antes—se justifica Juan Carlos.

—¿Quieres un vaso de agua? —le ofrece ella.

—No, gracias, quédate aquí, por favor siéntate un momento.

—Está bien—Joan se sienta en un sofá.

—Vine a pedirte que no te vayas—le dice Juan Carlos

—¿Por qué?

—Porque Juilliard es la mejor escuela de artes del mundo.

—Sí, pero acá soy una más de tantas, mientras que en Francia me han ofrecido una beca y un trato especial.

—Pero, estarás sola allá, en un país distinto, con otro idioma, los franceses no son simpáticos.

—Bueno, tú eres de Chile y estudias en otro país, con otro idioma sin tu familia y con gente que no es tan simpática.

Juan Carlos no sabe que decir, se le acabaron los argumentos para convencer a Joan de que se quede en Nueva York.

—Está bien—Juan Carlos se calma y respira hondo—la verdad es que no quiero que te vayas.

—¿Por qué no? Seguiremos en contacto, somos amigos ¿O no?

—No, la verdad es que no somos amigos y no es cierto que seguiremos en contacto. La intención inicial siempre es esa, pero después surgen nuevas personas, muchas actividades, las prioridades cambian ¿Qué importan los que están al otro lado del océano?

—No es así—responde ella—Probablemente al principio echaré mucho de menos a todos y obviamente a ti y buscaré la forma de estar en contacto.

—No será lo mismo—se lamenta Juan Carlos—Yo te quiero.

—Yo también te quiero—responde Joan.

—Joan, yo estoy enamorado de ti.

Joan se queda en silencio, sorprendida con la confesión de Juan Carlos. Mira hacia todos lados sin saber qué decir ni hacer. Se pone de pie y se acerca al chico. Le toma la cara con sus dos manos suavemente.

—¿Es en serio lo que dices? —le pregunta.

—Nunca he estado más seguro de lo que hago en mi vida. Siempre las decisiones relacionadas con mi futuro han sido tomadas por otros. Mi vida nunca ha estado bajo mi control o al menos yo no he hecho ningún esfuerzo por tomar el control. Pero esto es distinto, si hay algo que puede cambiar tu destino, ese es el amor. Me enamoré desde la primera vez que te vi bailando en el salón de ensayos. Tu silueta moviéndose suave y armoniosamente al ritmo del piano. Yo soñaba poder algún día tocar durante tus sesiones de ensayo para ti. La primera vez que nuestras miradas se cruzaron se produjo en tremendo temblor en mí. Cuando me

dirigiste por primera vez la palabra, casi me derrito y caigo en shock al suelo. Joan, te amo, no te vayas.

—Juan Carlos—dice Joan con un profundo tono de pesar—Creo que yo también te amo, pero la escuela en Francia me saldría gratis. Acá mi beca no cubre todos los gastos y mis padres no pueden pagarme la colegiatura. Yo quiero ser una gran bailarina, recorrer el mundo y ser reconocida y para ello uno debe renunciar a algunas cosas.

—¿Vas a renunciar al amor? —le pregunta Juan Carlos.

—Me duele mucho, no creas que es fácil, pero ya he tomado la decisión. Mañana firmaré los papeles de la beca y en un mes más ya estaré en París.

Ambos se quedan en silencio durante varios segundos. Juan Carlos agacha la cabeza, desilusionado y muy triste. Siente que hizo todo lo posible, pero no puede evitar sentirse frustrado.

—Está bien—dice Juan Carlos asumiendo la situación—Lo intenté. Pero antes de irme ¿Puedo darte un beso?

—Juan Carlos, eso es lo que deseo desde hace meses—responde Joan acercándose para darle un apasionado beso.

Después de esto, Juan Carlos le acaricia suavemente la cara y se retira. Camina cabizbajo toda la noche sin rumbo aparente. Su mente deambula entre muchos pensamientos dispersos. Quiere abandonar la escuela, volver a Chile, luego piensa con rebeldía ser el mejor pianista del mundo y demostrarle a Joan que se equivocó. Cuando comienza a amanecer, decide retorna a su departamento. Al llegar al inmueble se encuentra con Joan sentada en la escalera de acceso.

—Hola ¿Qué haces aquí? —le pregunta Juan Carlos.

—Estaba esperándote—responde ella—¿Dónde estabas?

—Caminando, recorrí casi toda la ciudad. Mis zapatos deben estar gastados hasta dejar al descubierto mis pies.

—Luego de que te fuiste, estuve pensando en todo—dice Joan—Creo que puedo conseguir algún trabajo part time y así pagar lo que no me cubre la beca. Tienes razón, no hay como Juilliard y no necesito ir a París para ser la mejor bailarina. Quiero estar contigo.

—¿Estás bromeando? —pregunta incrédulo Juan Carlos.

—No, lo digo en serio. Acabo de despertar a mis padres en San José y les comuniqué mi decisión. Me quedare aquí en Nueva York.

Ambos chicos se funden en un abrazo durante mucho tiempo.

—¡Maestro! ¡Ya es hora!

Juan Carlos abre los ojos, se mira por última vez al espejo, se acomoda el pelo y se queda fijamente mirando su cara.

—Habría sido lindo—dice en voz alta—pero, el show debe continuar.

Juan Carlos sale del camerino para entregar la mejor de sus interpretaciones al público chileno.

7º. El Principio de la acción inmediata.

«Sí persigues un fin te encadenas. Si todo lo que haces lo realizas como si fuera un fin en sí mismo, te liberas».

Enseña a obtener beneficio de toda situación intermedia que nos lleva al logro de un objetivo. No dice que no deban existir fines, ya que la planificación de cualquier actividad se realiza en base a fines. Se está explicando que, dado un fin cualquiera, todos los pasos que llevan a él, deben considerarse del modo más positivo posible. De otro modo, cualquier actividad anterior al logro del fin produce sufrimiento y, por lo tanto, si es que el fin se logra, pierde sentido por el costo vital que representa el sufrimiento invertido en los pasos.

La revelación

—¡Javiera, levántate ya es tarde! —la mamá de Javiera golpea insistentemente la puerta del dormitorio de la joven.

Javiera tiene su sexta entrevista de trabajo. Se tituló de su carrera el semestre pasado y no ha podido conseguir nada en el medio laboral. En cuatro de los cinco lugares anteriores, la rechazaron por falta de experiencia. La última la perdió por llegar demasiado tarde y le dieron el puesto a otra persona con sus mismas competencias pero que había llegado puntualmente a la entrevista.

La mamá de Javiera le prepara el desayuno, mientras la chica se levanta en pijamas y se acerca a la cocina.

—Mi hijita ¿No se va a duchar antes de desayunar? —le dice la madre.

—Me duele el estómago—responde Javiera.

—¿Qué comiste ayer?

—Nada fuera de lo normal.

—¿Te doy un omeprazol?

—No, sabes que no me gusta tomar remedios.

—¿Te preparo una agüita, entonces?

—No quiero nada, gracias—dice Javiera con un tono de decaimiento—Me voy a duchar.

—Debes estar nerviosa por la entrevista—dice la mamá.

—Ya, ya mamá. No me digas nada—responde Javiera un tanto fastidiada. Javiera ha estado muy desorientada respecto a su futuro. Una vez que salió del colegio, se dio un año sabático en el cual trabajó en distintos lugares sin durar mucho en cada uno de ellos. Al año siguiente se matriculó en una carrera técnica, la cual no terminó y finalmente estudió carrera de la cual egresó.

Javiera permanece cerca de veinte minutos en la ducha ante la desesperación de su madre que le reclama una y otra vez para que termine. Luego del baño, ingresa a su habitación de la cual no sale en aproximadamente una hora.

—Nuevamente, perderás la entrevista—le dice la mamá.

—No voy a ir, mamá—responde la joven.

—Pero, Javiera, por favor ¿Qué pretendes hacer con tu vida?

—Déjame, me siento mal, no quiero ir.

—¿Te llevo al doctor? —le pregunta la señora cambiando ligeramente el tono.

—No, ya se me va a pasar. Si me quedo tranquilita acostada, se me pasa.

La mamá opta por no decirle nada más, en vista que la chica se cierra y no acepta ninguna sugerencia.

Javiera se queda toda la tarde en su pieza con la puerta cerrada. La mamá le golpea de vez en cuando para preguntarle cómo se siente, recibiendo un desgano "bien" desde el interior del dormitorio. En la tarde, Javiera sale del cuarto y se prepara un té.

—Voy a juntarme con mi papá—le dice a su mamá.

—¿Ahora? Ya te sientes mejor, entonces.

—Sí, voy a su casa. Estoy pensando en estudiar un diplomado.

—¿Quieres seguir estudiando?

—Lo que pasa es que es la única forma de atenuar la falta de experiencia. Es injusto porque en la mayoría de los lugares piden un mínimo de experiencia. Los recién egresados no tienen experiencia, pero al mismo tiempo no les dan la oportunidad de adquirirla.

—Por eso antes de matricularse en una carrera hay que averiguar cómo es la empleabilidad.

—Pero ¿Qué se saca con estudiar algo donde hay trabajo, pero no te gusta?

—¿Y por qué te tienes que juntar con tu papá para hablar de esto?

—Quiero saber si me apoya.

—¿Quieres que te pague el diplomado?

—Podría ser—responde Javiera.

—Pero, tu papá está lleno de deudas. Ahora de viejo se le ocurrió ser padre nuevamente y tú irás a pedirle dinero.

—Soy su hija ¿o no?

—Ya eres mayor de edad y no eres una carga.

—Mientras no cumpla 24 años, los padres deben garantizar la manutención de sus hijos.

Los padres de Javiera están divorciados desde que ella tenía diez años. El quiebre fue muy traumático. La joven no lo aceptó con facilidad, inicialmente se enojó con su padre negándose al régimen de visitas, luego le echó la culpa a su madre. Su adolescencia fue muy conflictiva con ambos. Alguna vez que se enojó con su madre se iba a vivir con el padre y luego volvía porque había discutido con él.

—¿Y por qué no hablas con tus profesores? —le pregunta la madre—Ellos te pueden aconsejar de qué camino seguir. De hecho, ellos te pueden hacer recomendaciones con sus contactos.

—No tengo ganas de volver a la universidad, van a creer que voy a reclamar por mi situación.

—Pero, si las universidades debieran preocuparse de la situación de sus exalumnos. Además, tú no vas a reclamar, vas a pedir ayuda.

—Después de que hable con papá—responde la chica.

Javiera se abriga y sale rumbo a la casa de su padre para conversar con él.

El papá de Javiera se volvió a casar hace cinco años y tiene una hija pequeña recién nacida. La relación de Javiera con su hermana bebé es un tanto distante. Si bien ha estado cerca desde que nació, no llama muy seguido preguntando por ella ni tampoco la visita periódicamente. Lo mismo pasa con la esposa de su padre, nunca ha entablado una conversación con ella más allá del simple saludo.

Cuando Javiera llega a la casa de su padre, él la recibe con cariño. Recién ha llegado de su trabajo y su esposa le prepara algo para comer. Invitan a Javiera, pero ella rechaza el ofrecimiento justificándose de que no ha estado bien del estómago. Va al cuarto de su hermana y luego de unos breves jugueteos con ella, le pide al padre conversar a solas. Él la invita a tomar un café en un lugar fuera de casa a lo que Javiera acepta.

Estando en el local, ella le plantea los planes que le había comentado a su madre.

—¿Quieres seguir estudiando? —le pregunta él.

—Es lo primero que me preguntó mi mamá.

—Es que yo pensé que una vez titulada, ahora el paso siguiente era buscar trabajo.

—He estado buscando trabajo y me ha ido mal. No hay muchos puestos de trabajo en mi área, entonces pensé que con un diplomado puedo mejorar mi currículum.

—¿Cuánto dura un diplomado? —pregunta el padre.

—Un año al menos. Típico que piden una tesina y eso podría alargar el proceso.

—¡Un año más! —exclama el hombre.

—Mientras tanto podría buscar un trabajo part time, porque los diplomados no son de tiempo completo.

—¿Y qué diferencia habría con buscar un trabajo de tiempo completo?

—Es que como part time puedo conseguir otro tipo de trabajos temporales. Puedo vender, atender en un restaurant, cosas por el estilo.

—¿Y eso serviría para pagarte ese curso?

—En parte, porque también necesitaría dinero para mí y el diplomado que estoy pensando es un poco costoso.

—¿Y cómo quieres que te apoye?

—Primero que nada, necesito un apoyo moral que de mi mamá no lo siento tanto. En segundo lugar, necesito tu apoyo financiero.

El padre de Javiera se queda en silencio con la mirada fija en su hija. Hace una mueca con su boca dejando entrever que lo que le pide la joven no es tan fácil de satisfacer.

—Mira, Javiera, desde que nació tu hermana hemos tenido muchos gastos. Todavía estoy pagando el plan en la clínica donde nació. Tenemos que comprar pañales, una leche muy cara, además tuvimos que comprar una cuna, coche, un sillín para el auto, entre otras muchas cosas. No sé si pueda ayudarte con esto.

—No quieres—dice Javiera con un tono de molestia.

—No es que no quiera, si tuviera el dinero yo te lo paso, pero estoy terminando cada mes ras ras. No tengo un plus para incurrir en otro gasto.

—Bueno, veré si le puedo pedir a algunos amigos—dice Javiera.

—¿Qué amigos le pagarían un diplomado a alguien? La gente no anda regalando su dinero por más amigos que sean.

—Esto es lo único que te he pedido en años y no eres capaz de ayudarme.

—Ya te dije que no se trata de no querer, es un tema de solvencia financiera.

—Podrías pedir un préstamo—le sugiere la chica.

—A ver, Javiera—dice el padre con tono severo—Tú ya estudiaste dos carreras. Una no la terminaste, la segunda, sí. Es entendible que te hayas equivocado con la primera, pero ya hace tiempo que dejaste el colegio. Hasta donde yo sé, las universidades ni siquiera reconocen la figura de apoderado, cada estudiante es responsable del contrato que subscribe con la institución. Los padres ayudamos porque es nuestro deber, pero esto no puede ser eterno.

—Ya, ya está bien—responde Javiera—Ya veré como me las arreglo.

—Mi amor—dice el padre suavizando su voz—¿A qué le temes?

—¿A qué le temo? —pregunta Javiera un poco contrariada.

—Tengo la impresión de que todo esto se debe a que tienes mucho temor de salir al mundo. Esto de seguir estudiando es una forma de mantenerse en un estatus con más responsabilidades que un niño, pero menos que la de un adulto. He escuchado de casos en que los jóvenes sienten mucho temor del mundo de los adultos porque se les presenta muy rudo y cruel, cargado de deberes y obligaciones, sienten que se han preparado bien en una determinada especialidad, pero no se han preparado para sobrevivir al sistema.

Javiera permanece en silencio. De vez en cuando toma un sorbo del café que pidió. Las palabras del padre al parecer han calado hondo. De alguna forma reconoce que le tiene mucho miedo al fracaso, a no ser capaz de hacer lo que se supone que debiera saber hacer. Se siente insegura de lo

que sabe y de lo que es capaz de hacer en situaciones de presión, no es lo mismo responder pruebas que hacer labores por las cuales se tiene un sueldo.

—¿Es así o me equivoco? —pregunta el padre.

—Es posible—responde Javiera dubitativa.

—Tienes que tomar con calma las cosas. Cuando los empleadores contratan a un chico joven saben que hay una diferencia entre el perfil laboral y el perfil de egreso de una institución educacional. Justamente la diferencia está en la experiencia, pero la falta de experiencia se debe suplir con la convicción de que sí se puede hacer lo que sea, con entusiasmo, ganas. Cuando empecé a trabajar, mi jefe el primer día me preguntó si sabía manejar un software súper especializado que no había visto jamás en la universidad. Yo le respondí que no lo había usado nunca, pero que si me daba un par de días lo manejaría sin problemas. Al parecer esa respuesta le gustó mucho porque comenzó a confiar en mí, quizás más que en algunos otros trabajadores que llevaban más tiempo. Hay que creerse el cuento, pero con mesura, con humildad, no se trata de ser autosuficiente y creer que uno sabe todo. Sentirse capaz no significa sentir que los sabemos todo.

—¿No crees que sea necesario que haga el diplomado? —pregunta Javiera.

—Sinceramente, no. Todo esto de seguir estudiando eternamente es un esquema armado por las instituciones de educación para auto sustentarse. Le hacen creer a los jóvenes que tienen que hacer postítulos, postgrados, cursos de perfeccionamiento, claro, porque los imparten ellos también. En algunos casos se justifica, pero en la mayoría, no son necesarios. Depende de lo que quieres hacer con tu vida.

—Está bien, lo pensaré mejor—dice Javiera.

—Ahora, si decides hacer tu diplomado, veremos cómo lo hacemos.

—Gracias, papá.

La conversación deriva en otros temas. Cuando ya se hace tarde para retornar a casa, se levantan y se retiran del lugar. El papá le ofrece llevarla hasta su hogar, pero la chica decide caminar un poco y luego tomar un autobús.

Mientras camina, Javiera se siente un poco más tranquila. Cree que ha estado actuando por compulsión y no por convicción. Se deja engañar por lo que le dice la razón y no lo coteja con lo que siente, otras veces es tomada por la emoción, sin cotejar con la reflexión. Le gustó la conversación con su padre, hace memoria y no encuentra momentos en los que haya recurrido a él por un consejo y siempre se junta con él para pedirle cosas. Hubo un tiempo en que se sentía muy tensa cada vez que

se reunía con su progenitor, no lograba soltarse y contarle detalles de su vida, caía siempre en superficialidades. Ahora, cree que puede confiar en él. De pronto, mientras camina, cae en cuenta que nunca pudo integrar la separación de sus padres. En su momento, no comprendió el porqué, pero tampoco hizo esfuerzos por comprender. Se atrincheró en sí misma, echándoles la culpa de sus males en forma alternada a su madre y a su padre. Ahora, revisa brevemente la situación actual de sus padres y se da cuenta que ambos son felices con la vida que están llevando, al menos, más felices que si hubiesen seguido juntos. Nadie es culpable y por cierto ella tampoco. Este pensamiento le produce un tremendo alivio y no puede evitar emocionarse con su descubrimiento.

Al llegar a casa abraza efusivamente a su madre, quien no comprende muy bien lo que sucede. Le dice que hará todo lo posible por creer más en sí misma y sus potencialidades. Pondrá toda su intención en hacer que resulten las cosas, porque le gusta su profesión y es en eso en lo que quiere desarrollarse. Luego de eso, toma su teléfono y le dice lo mismo a su padre agradeciéndole no solo la conversación que acaban de tener si no por todo lo que había recibido de él en su vida.

8º El Principio de la acción comprendida.

«Harás desaparecer tus conflictos cuando los entiendas en su última raíz, no cuando quieras resolverlos».

Invita a evitar la improvisación movida por impulsos irracionales. No dice que no haya que hacer algo, dado un problema, sino que simultáneamente al hacer, debe comprenderse. Casi todas las personas, frente a un conflicto y movidas por su ansiedad, se lanzan a solucionarlo sin comprenderlo en su raíz. De esa manera, se complica aún más el problema y éste motiva a otro, en una cadena inagotable

¿Te acuerdas de mí?

Adolfo es un joven ejecutivo de una importante empresa internacional. Se desempeña como asesor en el departamento de ingeniería. Su jefe directo le pide ayuda para cubrir una plaza de trabajo disponible, para lo cual, le entrega una carpeta llena de currículos de postulantes. El jefe le dice que estudie las referencias y proponga a tres candidatos para entrevistar y, de ahí, seleccionar a la persona más idónea.

Adolfo muy disciplinadamente se va a su escritorio y comienza a revisar los antecedentes de cada uno de los postulantes. La tarea no es fácil, cada una de las fichas presenta perfiles muy interesantes con destacadas trayectorias. Una vez revisada las tres primeras fichas, Adolfo le pide a su jefe que precise un poco más el perfil del profesional buscado para afinar la evaluación. Obtenida la respuesta de su superior, reanuda el proceso de revisión, uno por uno. Son cerca de una veintena de postulantes y debe definir a los tres mejores. A la mitad de la revisión, se encuentra con un nombre que le parece conocido. La ficha cuenta con una pequeña fotografía del postulante, pero no logra reconocer la cara. Su edad coincide con la suya por lo que podría ser un compañero de universidad, pero no es así porque figura otra institución dentro de los antecedentes académicos. Revisa con atención los datos de los documentos y aunque su experiencia es buena, evidentemente hay mejores postulantes que esa persona.

Adolfo queda intrigado, queriendo asociar ese nombre con una cara reconocible. En su hogar, con su esposa e hijos comparte durante la cena. Luego, toma su computador a revisar sus redes sociales y a provecha la instancia para buscar el perfil del personaje que lo tiene atrapado. Al encontrarlo, se da cuenta de que hay muchas cosas en común más allá de la edad. Adolfo revisa fotos del individuo, las que mientras más joven, más familiar se le presenta. Finalmente encuentra una foto de cuando ese hombre tenía unos diez años y ahí cae en cuenta, era un compañero de colegio. Si bien no era de su curso, coincidían en el nivel. Adolfo se sorprende de la fragilidad y al mismo tiempo de la potencia de la memoria. En la vida que cada uno lleva, pasan muchas personas, unas más significativas que otras, y todo queda registrado en la memoria. Basta con un pequeño estímulo para que el recuerdo aparezca. Esa breve sensación de tensión que le generó la imposibilidad de recordar se esfumó cuando se produjo el reconocimiento, había resuelto un simple acertijo.

En su cuarto, después de apagar la luz y cuando se apresta a dormir, Adolfo comienza a darse cuenta de que no era un simple acertijo. Después de la cara, aparecen situaciones, lugares y más personas. La relación con esa persona no era trivial. Adolfo recuerda cómo, con sus amigos, molestaban a ese chico. Era un niño muy delgado y retraído, colorín y un tanto desproporcionado. Lo molestaban por su color de pelo, por el tamaño de su cabeza, por ser callado, por su delgadez. El bullying comenzó en su propio curso, siempre hay un grupo de chicos más prepotentes que se dedican a molestar a otros. Ese grupo tiene amigos en otros cursos con los cuales se potencian. Adolfo pertenecía a uno de esos grupos que, a su vez, eran amigos del grupo del curso de este niño. A veces, sin razón alguna, sólo por pasar a su lado algunos de los integrantes de estos grupos matones lo empujaban sin ningún motivo. Eran pequeños choques entre hombros que al encontrarlo desprevenido provocaban su caída y la risa era generalizada. No sólo los que cometían bullying, sino todos los que estaban cerca se reían. En otras oportunidades, le pegaban papeles en la espalda con leyendas tales como "Golpéame". El que se cruzaba con el chico le pegaba una palmada en la cabeza o una patada en el trasero. Todo terminaba con alguien que se apiadaba de él y le quitaba el papel. Los más atrevidos se metían las manos dentro del pantalón se tocaban los genitales y luego le pasaban la mano en la cara a este chico. En alguna oportunidad, se rebeló encarando a sus atacantes, pero era peor porque eso terminaba en un pleito a la salida del colegio y con él severamente golpeado. Todo esto duró un par de años con mayor o menor frecuencia. Las autoridades se enteraron luego de que sus padres hicieran la denuncia y hubo mayor resguardo con él. Cuando uno de los atacantes fue suspendido, los ataques comenzaron a declinar.

Adolfo, lejos de recordar todo esto con nostalgia, sintió mucha vergüenza y remordimiento. Ahora, adulto, profesional y con su familia se da cuenta de lo horrendo y la crueldad de ese trato. Piensa en sus hijos y se imagina a uno de ellos siendo víctima de bullying en el colegio. Al día siguiente durante el desayuno, Adolfo interroga a sus hijos acerca de estos temas. Ellos le cuentan que nunca han sido víctimas, pero todos saben que sucede con otros niños. Al menos en este tema, la sociedad y la educación no han experimentado muchos cambios.

Adolfo se va a su trabajo con todo esto dándole vueltas en la cabeza. Cuando su jefe le pide una definición acerca de la terna seleccionada, Adolfo revisa por última vez el mamotreto de documentos y selecciona a los tres postulantes, uno de ellos es la víctima de su infancia. Le entrega

una carpeta con los antecedentes de los seleccionados a su jefe quien los revisa rápidamente y le dice:

—Contáctalos y los citas a una entrevista para el lunes en la mañana.

Adolfo llama a cada uno de los postulantes. Cuando es el turno de su conocido no puede evitar sentir nerviosismo y se le aprieta el estómago. Como fue su decisión el proponer a ese chico dentro de la terna, no tiene más remedio que asumir. Se da varias vueltas, hace otras labores, va al baño hasta que se decide y llama al joven quien le responde afirmativamente con evidente entusiasmo.

Pasan los días y llega el momento de las entrevistas personales. El jefe de Adolfo lo convoca a su oficina.

—¿Todo listo para las entrevistas? —le pregunta.

—Sí, los postulantes llegarán en media hora—responde Adolfo.

—Me acaban de citar a una reunión con el director de división por lo que tendrás tú que hacer las entrevistas.

—¿Yo? —pregunta Adolfo contrariado.

—Sí, tú los seleccionaste. Yo ya te definí el perfil y estoy seguro que sabrás tomar una buena decisión. Confío en tu criterio y a quien elijas, lo contrataremos.

Adolfo ya ha tenido que hacer estas labores con anterioridad, pero esta vez siente algo distinto. Tiene resistencia de encontrarse con esta persona a la cual le hizo tanto daño cuando eran niños, pero el sentimiento de culpa lo había llevado a esta situación porque había personas más calificadas para el puesto y ahora se siente amarrado por un problema que él mismo provocó. Ahora siente culpa por las personas que descartó llevado por este sentimiento, pero el escenario está listo y no tiene más que asumir.

Los postulantes llegan puntualmente a la cita. Adolfo los hace pasar de a uno dejando para el final a su antiguo conocido.

Los dos primeros postulantes son perfectos, tienen competencias y experiencia suficientes e incluso más allá de lo que se necesita, será difícil elegir entre uno de ellos.

Es el turno del tercero. El chico entra a la oficina y le da la mano a Adolfo quien lo invita a tomar asiento.

—Rodrigo Maluje ¿Cierto? —pregunta Adolfo.

—Así es—responde el entrevistado.

—Hola, yo soy Adolfo Díaz y tengo la misión de seleccionar a la persona que contrataremos.

—Muy bien—responde Rodrigo.

—Aquí dice que trabajaste cinco años en una empresa constructora—dice Adolfo leyendo la carpeta de Rodrigo.

—Sí, trabajé ahí como ingeniero. Hicimos varios proyectos importantes durante ese periodo, pero lamentablemente a la empresa le empezó a ir mal hace dos años. A fines del año pasado se declaró en quiebra. El síndico cuando asumió, lo primero que hizo fue un ajuste de personal. Yo sobreviví al primer ajuste, pero luego vino otro y ahí me tocó.

—Bueno, está dentro de las posibilidades—Comenta Adolfo—¿Has estado mucho tiempo sin trabajo?

—La verdad, no. Esto fue hace un mes solamente y después de unos días de bajón, me puse en plan de conseguir trabajo.

—¿Has tenido otras entrevistas de trabajo?

—Sí, pero los sueldos no eran buenos. El área de la construcción está un poco comprimida.

—Es verdad—responde Adolfo. —¿Por qué crees que eres bueno para este trabajo?

—Bueno, tengo las competencias del perfil laboral que se publicó en la convocatoria. En esa empresa donde trabajé tuve mucha experiencia en terreno, me manejo bien con otras personas, me gusta trabajar en equipo. Tengo buen manejo del inglés, lo que puede ayudar porque tengo entendido que esta es una división de una empresa inglesa.

—Es cierto—responde Adolfo—Permanentemente tenemos la visita de ejecutivos e ingenieros de la casa matriz que está en Londres y, a veces, nos toca a nosotros ir para allá. Yo he viajado en dos oportunidades a Inglaterra con fines de trabajo, así que está bien que hables fluidamente en inglés ¿Cuáles son tus pretensiones de sueldo?

—Pretendo mantener mis ingresos de acuerdo con lo que tenía en la empresa anterior, creo que lo puse en la carta de presentación que nos pidieron.

—Sí, aquí está—Adolfo corrobora el dato—Es coincidente con lo que se estaría ofreciendo.

—Qué bueno. Uno siempre tiene la duda cuando le piden un monto si está muy bajo o sobre lo que se ofrece.

—¿Manejas herramientas informáticas? —pregunta Adolfo.

—Sí, conozco todas las herramientas típicas que se usan en ingeniería. En ese sentido tengo una buena formación.

—Aquí, tu ficha dice que eres soltero.

—Efectivamente, pero creo que no será por mucho porque estoy de novio.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunta Adolfo en tono de broma.

—Bueno supongo, aunque no sé si pensaré lo mismo después de diez años de casado.

—Yo tengo diez años de casado y creo que aun soy feliz—comenta Adolfo.

Adolfo continúa la entrevista describiendo en detalle las labores que tendría que hacer el seleccionado en la empresa. Rodrigo hace algunas preguntas y comentarios que evidencian conocimiento del rubro.

—Bueno, eso es todo, Rodrigo—Le dice cuando ya no hay más temas que tocar—Lo más probable es que tomemos la decisión antes que termine la semana así que debes estar atento a nuestro llamado.

—Está bien, esperaré el llamado.

Los dos se dan la mano y se despiden. Antes que Rodrigo salga, Adolfo lo llama.

—¿Rodrigo? ¿No te parezco conocido?

—La verdad, no mucho—responde el joven.

—Me parece que éramos compañeros de colegio.

—¿En serio? ¿En enseñanza media?

—No, en básica. No éramos del mismo curso, pero tu apellido no es muy común, así que me acordé de ti.

Rodrigo se queda en silencio mirando fijamente a Adolfo tratando de reconocerlo y su rostro se torna serio.

—La verdad es que no recuerdo—dice finalmente.

—Es lógico, han pasado más de veinte años—le dice Adolfo.

—No es una época de la cual tenga precisamente buenos recuerdos.

Adolfo quiere creer que Rodrigo no lo ha reconocido y prefiere no profundizar más en el asunto.

—Bueno, cualquier cosa tomaremos contacto contigo.

—Ok—responde Rodrigo, da media vuelta y sale de la oficina.

Adolfo se da cuenta que ha sido impertinente. Lo más probable es que Rodrigo haya bloqueado todo ese pasaje de su vida con el propósito de no recordarlo más y ahora, de un momento a otro, su pasado se hace presente. Adolfo trata de olvidarse del asunto sobre todo porque, antes que Rodrigo entrara a su oficina, ya tenía decidida la selección para el puesto. Sin embargo, sus intentos son infructuosos y cada cierto tiempo, la cara estupefacta de Rodrigo se le viene a la cabeza. Si bien, el jefe esperaba tener la resolución de Adolfo durante la tarde, éste se va a su casa sin hacer la comunicación respectiva.

Durante la cena, Adolfo le comenta la situación a su esposa. Ella le recomienda dejar el caso hasta ahí y presentar al candidato definitivo de una vez a primera hora del día siguiente.

Adolfo no duerme bien durante la noche. Cuando llega a su oficina, al día siguiente, se encuentra con la carpeta sobre el escritorio. La abre y coteja por última vez las fichas de los tres postulantes. Deja dos afuera, cierra la carpeta y se presenta ante su jefe para entregársela.

—A ver ¿Qué decidimos? —dice el jefe abriendo la carpeta—Rodrigo Maluje. Muy bien, ahora tienes que contactarlo para que comience sus nuevas labores a la brevedad.

Adolfo sale de la oficina confundido, no sabe cómo ha caído en una serie de decisiones irracionales que lo tienen en una situación muy incómoda. Todo se complica cada vez más y ahora, se presenta la posibilidad de que Rodrigo no quiera aceptar el cargo y deberá dar explicaciones a su jefe. De todos modos, Rodrigo está calificado y no tendría por qué no dar buenos resultados en el trabajo que se le está asignando.

Adolfo no se atreve a llamar a Rodrigo por lo que le pide ayuda a una de las secretarias del departamento. Ésta hace varios intentos, pero el joven no contesta los llamados. Lo reintentan durante toda la mañana, pero es en vano, Rodrigo tiene apagado su celular. Adolfo se impacienta cada vez más, sobre todo después de que su jefe ha preguntado cómo va el asunto. Intentan con el correo electrónico también y le dejan mensajes en el buzón del celular.

Pasan dos días. El jefe de Adolfo le sugiere pasar al siguiente postulante si no contesta luego. Finalmente, la secretaria le comunica a Adolfo que Rodrigo devolvió los llamados y que avisó que estaría al día siguiente para firmar el contrato. Por un lado, Adolfo respira aliviado, pero por otro no sabe qué actitud deberá tomar ahora una vez que reveló su identidad.

Al día siguiente, Rodrigo se hace presente. La secretaria lo recibe y le muestra su puesto de trabajo, aunque le dice que probablemente le asignen permanentemente labores en terreno. Adolfo se hace el desentendido y ni siquiera hace el intento de ir a saludarlo, aunque durante toda la jornada la figura de Rodrigo está en su copresencia.

Durante el horario de almuerzo todo el personal coincide en el casino de la empresa. Cuando Rodrigo llega con su comida, se sienta solo en una mesa debido a que aún no conoce a sus compañeros de trabajo. El grupo donde está Adolfo lo invita a unírseles, pero el joven rehúsa gentilmente aludiendo a que ellos ya terminaron de comer y no quiere hacerlos esperar. La mayoría, cuando terminan de almorzar se van al patio a fumar antes de reintegrarse a la jornada de la tarde.

Adolfo se acerca a la mesa de Rodrigo y se sienta para conversar con él.

—¿Cómo encontraste tu oficina? —le pregunta.

—Bien, es muy cómoda. Ya me dijeron que la usaré poco.

—Parece que será así—les responde Adolfo—¿Ya firmaste el contrato?

—No, me llamaron de personal para indicarme el proceso. A fin de mes estará mi contrato, así lo hacen correlacionar con los periodos de pago.

—Nos costó ubicarte—le comenta Adolfo.

—Sí, es que perdí mi cargador y el celular no funcionó por un par de días. Al final tuve que comprar uno nuevo.

—Bueno, espero que nos llevemos bien y que tengas suerte en este trabajo.

—Gracias.

Adolfo se pone de pie como para dejar a Rodrigo que termine de comer. Le da un suave golpe en la espalda y a medio camino se devuelve y se sienta delante de Rodrigo otra vez.

—Volví—dice tratando de sacarle una sonrisa a su nuevo colega—Rodrigo, quiero pedirte perdón.

—¿Perdón por qué? —pregunta Rodrigo sin despegar su mirada sobre el plato de comida.

—Perdón, porque yo sé que no lo pasaste bien en el colegio cuando éramos niños y yo te traje esos recuerdos nuevamente.

—No te preocupes, ya superé eso.

—¿En serio? Me alegro.

—Estuve un par de años en terapia luego de que me cambiaron de colegio. Luego crecí, creo que maduré antes que mis pares y ya no me afectó más. No puedo negar que me pasaron cosas cuando me dijiste que nos conocíamos. No tengo muy clara tu cara de niño, tampoco reconozco tu nombre, pero sí me acordé de aquella época.

—Rodrigo—Adolfo baja el tono—Yo era uno de los que te molestaba.

—No es necesario que digas nada—responde rápidamente Rodrigo—Eso ya pasó, fue hace mucho tiempo. Éramos niños y los niños a veces no miden las consecuencias de sus actos. Olvídalo.

—Es que no puedo olvidarlo. Es posible que no me reconozcas porque yo no era de tu curso, además, recuerdo que cuando caminabas por el patio del colegio ibas con la cabeza abajo sin mirar a nadie así que es comprensible que no te acuerdes de mí. Pero siento la obligación de contarte todo esto porque ahora somos compañeros de trabajo.

—Está bien. Insisto ya pasó.

—¿No sientes rencor?

—No, para nada. Una de las cosas que aprendí en mi terapia es que todos aquellos que ejercen la violencia contra otros son víctimas también de ella en otros ámbitos.

Cuando Rodrigo dice esto, a Adolfo se le nubla la mente y comienza automáticamente a recordar un sinnúmero de situaciones asociadas a su propia vida. Un dolor profundo en el pecho le contrae el corazón provocándole mucha angustia.

—Finalmente, todos éramos víctimas. Yo de ustedes y ustedes quizás de quien—termina diciendo Rodrigo.

Adolfo está en silencio, inmovilizado, petrificado. Rodrigo no ha dejado de comer, cuando termina toma su bandeja y se pone de pie.

—Tenemos que seguir trabajando ¿Vamos? —invita a Adolfo quien permanece sentado.

—Rodrigo—dice Adolfo lanzando un suspiro—Mi papá me maltrataba. Rodrigo al escuchar esto se vuelve a sentar dejando la bandeja sobre la mesa.

—Mi papá nos maltrataba a todos—continúa Adolfo—Golpeaba a mi mamá, nos golpeaba a mí y a mis hermanos, porque no sacábamos alguna mala calificación o porque llegábamos tarde a la casa después del colegio. A mi mamá la trataba muy mal. Una vez, ella se atrevió a denunciarlo a carabineros y le prohibieron acercarse a nosotros y desde ese momento nuestras vidas cambiaron radicalmente. Fue el paraíso después de haber conocido el infierno. Después de esto, sólo lo he visto un par de veces cuando yo ya era grande. Mis hijos no conocen a su abuelo.

—Lo siento—le dice Rodrigo.

—Está bien. Es cierto lo que dices, probablemente todos aquellos que te molestaron teníamos problemas en la casa. Yo he tratado de cambiar el rumbo de mi vida. Me prometí jamás maltratar a mis hijos ni a mi esposa. A mi mamá la regalé permanentemente porque ha sido muy valiente en su vida y supo salir adelante sola con sus hijos, todos fuimos a la universidad y tenemos un buen pasar. Lamento todo lo que ayudé a hacerte pasar mal. En ese tiempo no lo entendía y creo que no lo entendí hasta ahora que tú me lo haces evidente.

—Gracias por contarme todo esto—le dice Rodrigo—Pero ya es tiempo de dar vuelta la página. Ahora somos colegas y Yo, al menos, doy por superado esos sucesos.

—Gracias a ti por hacerme ver todo esto.

—Empecemos de nuevo ¿Te parece? Hola, soy Rodrigo Maluje y me contrataron como el nuevo ingeniero en terreno y creo que tú serás uno de mis jefes.

—Hola, soy Adolfo y no soy tu jefe, soy sólo tu compañero de trabajo y me gustaría ser tu amigo.

—Estoy seguro de que lo seremos.

Rodrigo le estira la mano, obliga a Adolfo a ponerse de pie junto con él y lo invita a reanudar sus labores de oficina.

9º El Principio de libertad.

«Cuando perjudicas a los demás, quedas encadenado. Pero, si no perjudicas a otros, puedes hacer cuanto quieras con libertad».

De comienzo explica que crear problemas a los demás, tiene por consecuencia que los otros se lo creen a uno. Además, dice que no hay motivo para dejar de hacer lo que se quiere si nadie se perjudica con tal acción.

La regla de oro

—¡Ya chicos! Esta es la lista de temas que deberán elegir para la presentación—dice el profesor a sus estudiantes—Recuerden que el trabajo es en pareja y deberán entregar un informe escrito y hacer una breve presentación con los descubrimientos y aprendizajes logrados en el transcurso de su desarrollo. El propósito del trabajo es desarrollar las habilidades de argumentación y contraargumentación.

Los jóvenes ordenan sus cosas una vez que ha sonado el timbre que indica el fin de la jornada.

—¿Qué tema prefieres? —le pregunta Pamela a Diego.

—No lo sé. Podemos juntarnos en la semana para tomar una decisión. Tenemos dos meses para hacer el trabajo, no hay para qué apurarse.

—Mientras más pronto decidamos el tema, más tiempo tendremos para hacerlo bien—insiste Pamela.

—Está bien, veámoslo en la semana—contesta Diego.

Diego y Pamela son vecinos y toda la vida han ido al mismo colegio. Sus padres también son amigos y se visitan periódicamente. Tanto en el barrio como en el colegio deben soportar las bromas de sus amigos tratándolos como novios. Pamela a veces se ofusca y responde mal, pero el resto del tiempo simplemente ya no hace caso. Todas las mañanas, Diego pasa por Pamela para ir al colegio y luego vuelven juntos también. Siempre hacen las tareas y estudian juntos y, a veces, después de haber estado todo el día en la escuela se van a una de sus casas a conversar, para luego comunicarse por celular hasta que se van a dormir.

Dos días después de que el profesor dio los temas de discusión, Diego y Pamela se juntan después del colegio para decidir el tema a desarrollar.

—Hay varios temas que no me interesan mucho—comenta Pamela.

—A mí tampoco. Partamos descartando entonces—propone Diego.

—¿No hay alguno que te llame la atención? —pregunta Pamela.

—No mucho.

—A mí, me gustaría hacer el de la regla de oro.

—¿Por qué? —pregunta Diego.

—No sé, creo la gente se trata tan mal, que revisarla puede ser interesante y sobre todo si proponemos una forma de aplicarla cada día.

—¿Trata a los demás como quieres que te traten? —pregunta Diego a modo de reflexión.

—Sí, fíjate que la gente se relaciona sin pensar mucho acerca de esto. Los padres con los hijos, los hijos con los padres, los amigos, los hermanos, los vecinos y puedo dar más ejemplos.

—¿Y a ti cómo te gusta que te traten? —pregunta Diego.

—A mí me gusta que me respeten, que me escuchen cuando hablo, que consideren mi opinión cuando hay que decidir algo importante, que me hagan cariño, que me digan la verdad cuando me equivoco.

—¿Tú haces eso con los otros? —insiste Diego.

—Reconozco que no siempre, por ejemplo, a veces no pongo atención cuando alguien me habla. Creo que soy cariñosa contigo, pero no con mis padres y más de alguna vez he mentido.

—Hagamos un pequeño ejercicio—propone Diego—Escribamos en el cuaderno cómo nos gustaría que la gente nos tratase y luego, cómo tratamos a esa misma gente para revisar si hay o no coincidencia.

—Está bien—dice Pamela aceptando el desafío.

Los dos amigos se ponen a escribir cada uno en silencio en sus respectivos cuadernos. De vez en cuando hacen una pausa tratando de encontrar ejemplos y reconocer situaciones aplicables al tema.

—Terminé la primera parte—dice Diego.

—Espérame—pide Pamela—no sigas con la segunda aún.

Diego accede a la petición de su amiga, pero mientras espera va pensando en lo que va a escribir posteriormente.

—Ya, estoy—dice Pamela.

—Sigamos con la siguiente parte—dice Diego.

El ejercicio continúa con los dos amigos disciplinadamente escribiendo en sus cuadernos en silencio sin interrupciones.

—¿Ya? —pregunta Diego.

—¡Espera! ¡Esto no es una competencia! —reclama ella.

Una vez que ambos terminan el ejercicio, se toman un tiempo para contrastar ambos listados y verificar si practican o no la regla de oro.

—¿Cómo te fue? —pregunta Diego.

—Más o menos—responde Pamela—Hay cosas en las que puedo decir que hay coincidencia, pero para ser sincera, son más en las que no la hay.

—Yo creo, que la aplico día a día—dice Diego—Yo trato a la gente como espero que la gente me trate a mí.

—Estoy de acuerdo—dice Pamela—Tú eres muy transparente y, además, das y no esperas nada a cambio. Por eso eres mi mejor amigo. Ahora, yo no sé por qué yo soy tu mejor amiga, porque lo soy ¿Cierto?

—Claro que lo eres. Yo creo que este es un muy buen ejercicio porque además de lograr el objetivo que buscábamos, nos permite revisar cómo nos tratamos a nosotros mismos.

—Tienes razón—responde Pamela—¿Cómo seguimos?

—Deberíamos hacer una encuesta entre nuestros amigos y la familia. En seguida tomamos los resultados y los contrastamos tal cual como lo acabamos de hacer.

—Buena idea. ¿Ves que es bueno hacer las cosas con tiempo? —reflexiona Pamela—Nos tomará un par de días hacer el cuestionario, luego lo aplicamos con los más cercanos para finalmente revisar los resultados. Al cabo de un par de semanas ya estaremos listos. Capaz que hasta nos sobre tiempo.

En los próximos días, Pamela y Diego se juntan después del colegio a preparar el cuestionario que le aplicarán a un grupo de personas cercanas. Eligen a sus respectivas familias, a sus amigos y también a los compañeros de curso. Entre todos, logran una cantidad superior a una cincuentena de consultados.

A los amigos y compañeros de curso les piden que contesten las preguntas vía internet y con la familia, lo hacen a través de documentos escritos. Hay algunos que se niegan a participar, otros habiendo aceptado a la invitación, no entregan el cuestionario respondido. Pasando dos semanas, alcanzan una veintena de respuestas, así todo, consideran que el material es suficiente para encontrar evidencias. Revisan cada una de las encuestas y ordenan las respuestas en planillas de cálculos para hacer un análisis estadístico de los resultados. Los jóvenes se muestran entusiasmados con los hallazgos y se ponen a redactar el informe. Así como lo predijo Pamela, dos días antes de la presentación terminan el trabajo. Un día antes de la presentación se juntan en la casa de Diego para hacer la síntesis que deben exponer. Cuando creen haber terminado, Pamela toma sus cosas y se va a su casa y Diego la acompaña hasta la reja de su antejardín.

Al día siguiente, Pamela como todos los días espera a su amigo que pase por ella camino al colegio, pero Diego no llega. Le manda mensajes por el celular y él no contesta. Preocupada va a la casa de su amigo y golpea la puerta insistentemente, pero nadie abre. Finalmente decide irse sola a la escuela.

Llegando al recinto educacional, Pamela se queda un instante afuera antes que toquen el timbre de entrada, mirando impaciente hacia todos lados. Cuando tocan el timbre no tiene más opción que ingresar al colegio. Pasan los primeros dos bloques y Pamela está muy nerviosa y molesta a la vez, no puede comprender cómo Diego le hace esto justo ahora. Le escribe mensajes repetidamente a su amigo, sin obtener respuestas. El profesor de Lenguaje ingresa al aula y Pamela se acerca a plantearle la situación. La joven le entrega el informe escrito al profesor y le explica

que estaban preparados para la presentación, pero no sabe qué pasó con Diego. El profesor le da la oportunidad de elegir si exponer sola o de posponer su presentación para cuando esté Diego. Ella opta por esta segunda proposición.

Terminada la jornada, Pamela sale corriendo hacia su casa, pero antes, pasa a la casa de Diego sin obtener respuesta. Después de intentar varias veces, se va a su casa. Ahí está su madre esperándola.

—Pamela, ¿Cómo estuvo el colegio? —le pregunta ella.

—Bien—responde escuetamente la niña.

—Ven, siéntate aquí—la madre la invita al comedor y le separa una silla para que la niña se siente.

—¿Qué pasa, mamá?

—Ayer pasó algo malo—dice la señora un tanto acongojada— Diego tuvo un ataque al corazón en la madrugada. Los padres lo llevaron al servicio de urgencia de inmediato, pero no alcanzó a llegar. Cuando lo ingresaron ya había fallecido. Después de que te fuiste al colegio, los padres nos llamaron para avisarnos, estaban preocupados por ti.

—¿Es una broma? —pregunta Pamela angustiada—¡Dime que es una broma!

—Lo siento, mi niña—le dice la madre tomando sus manos para forzarla a abrazarla.

—¡No! ¡Diego no está muerto! —exclama Pamela con los ojos desencajados.

—¡Pamela! ¡Pamela! —la madre trata de calmarla—Al parecer tenía una anomalía congénita no diagnosticada. Nadie sabía que tenía problemas al corazón.

—Diego no está muerto, mamá, Diego no está muerto—repite Pamela llorando sobre el regazo de su madre.

La madre la contiene durante un largo tiempo. Una vez que Pamela deja de llorar, la madre le sirve una taza de té. La chica está entumida, tiritando como si tuviera hipotermia. Luego de un buen rato, se calma y comienza un profundo voto de silencio encerrándose en su pieza.

Pasadas unas horas, los padres de Pamela golpean la puerta del dormitorio. Le dicen que han llevado el cuerpo de Diego a la capilla más cercana y le preguntan si quiere ir a verlo. Ella no contesta. Por un momento, los padres respetan el dolor de su hija, pero después, un tanto preocupados, fuerzan la puerta para ver como está. La chica está acostada en su cama, tapada hasta la cabeza, aun vestida con el uniforme del colegio. Ambos padres se sientan en la cama y tratan de consolarla. Pamela sigue en silencio.

En la noche, el padre va al velorio para averiguar cuándo será el funeral. La madre no quiere dejar sola a Pamela por lo que se queda en casa. Un par de horas después, el padre retorna a casa y entra al dormitorio de su hija. Le cuenta que el funeral será al día siguiente y que cremarán los restos de Dieguito. Pamela lo mira como si el tiempo se hubiese suspendido, sin decir nada, no hace gesto alguno y ante la pregunta de su padre de si estará bien, la chica simplemente cierra los ojos y los vuelve a abrir en señal de afirmación.

Al día siguiente, los padres se preparan para asistir al último responso de Diego en la capilla y posteriormente ir al funeral. La madre le sirve desayuno en la cama a Pamela, pero ella no quiso probar nada. La señora le cuenta los planes y le pregunta si se anima a levantarse y acompañarlos. Pamela sigue con su voto de silencio.

Cuando el matrimonio se apresta a salir, la madre le avisa en voz alta a su hija para que escuche desde su cuarto.

—Yo también voy—dice Pamela apareciendo por el pasillo que va a su dormitorio cuando el padre ha abierto la puerta.

Después de que la madre había abandonado su dormitorio, Pamela sintió una fuerza proveniente desde su corazón que le dijo que ella más que nadie debía estar junto a su gran amigo. Se levantó, se peinó, se puso un vestido como para una fiesta y trató de disfrazar las marcas de dolor en su rostro con maquillaje. Si eso realmente era una despedida, ella debía estar más presentable que nunca.

Los padres de Pamela respiran aliviados, la salida de su hija del dormitorio es buen síntoma del comienzo de la sanación. Los tres enfilan hacia la capilla abrazados.

Llegando al templo religioso, los padres de Diego reciben afectuosamente a Pamela abrazándola durante largos minutos. La chica está más calmada y ya no llora. La madre de Pamela le pregunta si quiere ver a Diego en la urna para despedirse, pero ella se rehúsa.

Durante un buen tiempo, la mitad de la gente permanece afuera de la capilla. Una vez que comienza el responso, todos ingresan al pequeño templo abarrotado de gente consternada por la situación.

El sacerdote comienza a leer pasajes de la biblia y hablar de la vida de Diego. ¿De qué está hablando? Piensa en silencio Pamela. Él no conoció a Diego como ella, habla desde lo formal, como si fuera un show que repite cada vez que muere alguien. No es de verdad, no es desde el amor, es desde la obligación de hacer un trabajo. Pamela se pone de pie y se aproxima hacia el altar y se para a un costado del sacerdote pidiéndole permiso para tomar la palabra. Éste la mira sorprendido e incluso molesto. Después de unos segundos, el cura da dos pasos alejándose del púlpito y

le hace un gesto a Pamela mostrándole el micrófono. La chica se posiciona frente a la audiencia. No dice nada y mira las caras de todos los asistentes quienes se muestran expectantes frente a lo que puede decir la joven. Pamela fija su mirada en los padres y hermanos de Diego, para luego mirar a sus padres.

—Antes de ayer, hasta cerca de las 10 de la noche—comienza su alocución—Estuvimos preparando con Diego una exposición que debíamos presentar al día siguiente en el colegio. Él me acompañó hasta la puerta de mi casa como siempre y nos despedimos hasta el día siguiente en que nos iríamos juntos hasta el colegio. En la mañana, Diego no llegó como era de costumbre. Me preocupé, pero jamás pensé que podía ser grave. El profesor me dio la oportunidad de presentarme sola o esperar para cuando Diego estuviera. Yo elegí esta opción porque el trabajo lo hicimos en pareja y cualquier cosa que dijese serían aprendizajes de los dos y no sólo míos. Bueno, ahora estamos los dos juntos, aquí frente a ustedes y haremos la síntesis de nuestro trabajo. Nuestro tema es la regla de oro “Trata a los demás como quieres que te traten”. En primer lugar, hicimos un ejercicio para determinar cómo nos gustaba que nos trataran, luego evaluamos si tratamos así a los que nos rodean. Luego hicimos una encuesta, en la cual participaron varios de los que están aquí presentes, para revisar cómo nos relacionamos con el resto de la gente. El resultado del trabajo es que, según las respuestas de los encuestados, no tratamos a los demás como nos gusta que nos traten. Hay muchos que no saben cómo les gusta ser tratados, otros no se dan cuenta cómo tratan a los demás. Pocos son conscientes de sus actos, la mayoría no medita acerca de estos asuntos. Una de las excepciones es Diego. Cuando hicimos el primer ejercicio, Diego terminó de inmediato, sabía claramente cómo le gustaba que lo tratase. Algo similar sucedió con la segunda parte, es fácil si trato a los demás como me gusta que me traten. ¿Y saben una cosa? Eso es lo maravilloso que tiene mi amigo. Diego es buena gente, es muy atento, cariñoso, confiable, respetuoso. Es sincero, dice siempre lo que siente y piensa con verdad, no simula, no engaña. Te pone atención cuando le hablas y te exige atención cuando él es el que habla. Da cariño y recibe feliz el cariño que uno le puede dar. Cuando se compromete puedo estar segura de que lo hará. Siempre me respetó y me pidió respeto. El mundo sería distinto si todos fuéramos como Diego.

Diego no ha muerto, Diego vuela por los infinitos cielos mirando todo, acompañándonos a cada uno de nosotros. Vuela libre, sin rencores, sin cuentas pendientes, hace lo que quiere porque no tiene a quien rendirle cuentas. Diego ama y es amado. Ayer cuando mi madre me contó lo

sucedido, lloré y lloré hasta secarme. No dormí en toda la noche. Me dio pena, me enojé ¿Por qué me dejaste, Diego? Le pregunté. Hoy en la mañana ya estaba mejor, comprendí que si hay alguien a quien no se le puede reprochar nada es a él. Ahora estoy feliz, feliz porque lo conozco, porque es mi amigo, porque sé que me ama y yo lo amo desde lo más profundo. Cierro los ojos y siento su abrazo cálido y me doy cuenta de que él no está ahí dentro de esa urna. Diego está conmigo y cada noche antes de dormir él me dirá "hasta mañana". Diego, nos fue bien en la exposición, muy bien gracias a ti. Te amo.

10º El Principio de solidaridad.

«Cuando trata a los demás como quieres que te traten, te liberas».

Este principio es de grandes consecuencias porque lleva a una apertura, a una comunicación positiva con los otros seres humanos. Sabemos que el encerramiento en uno mismo genera problemas más o menos graves. El llamado "egoísmo" puede reducirse precisamente a un problema de encerramiento y falta de comunicación. El Principio otorga importancia al hecho de ir positivamente a los otros y complementa al Principio anterior que recomienda: «no perjudiques a otros», pero la diferencia entre ambos es grande. La enseñanza sobre la acción solidaria es una de las más antiguas de la humanidad.

Casas y cosas

Felipe ingresa tímidamente a la sala de clases, es su primer día en la universidad. Es el primer integrante de su familia que lo hace. Estudió en un colegio municipal y siempre tuvo un rendimiento sobresaliente, sin embargo, debido a que la educación municipal no asegura calidad, Felipe se sintió muy inseguro al terminar su proceso formativo en enseñanza media. Cuando rindió la prueba de selección estaba muy nervioso, sentía que había muchas expectativas, no sólo de él, sino que de toda su familia. Luego pasaron las semanas y no podía relajarse, tenía claro lo que estudiaría y dependía del puntaje obtenido en dicha prueba para poder ingresar a la universidad que la imparte. Sin embargo, de no ser por la reforma educacional que garantiza la educación gratuita, todo esto no sería más que una ilusión. Sus padres no podrían, bajo ningún aspecto, financiar una carrera universitaria, por lo que los buenos resultados obtenidos fueron un alivio.

Felipe no es muy comunicativo, le cuesta hacer amigos. Al entrar en la sala de clases, se sienta en primera fila y permanentemente mira hacia el frente tratando de imaginar que está solo y el profesor le hace una clase particular.

Imprimió su horario en un papel, que abre una y otra vez cuando termina una clase y así saber qué otra asignatura tiene y a qué sala debe trasladarse. Como todo primer día de clases, los profesores hacen una presentación introductoria, no obstante, Felipe anota todos los detalles en sus respectivos cuadernos ordenadamente diferenciados para cada asignatura.

Durante la segunda semana, las clases se tornan más intensas. En una de las asignaturas, el profesor les pide un trabajo en grupo. La idea no le gustó para nada porque no está acostumbrado a trabajar en grupo. En su colegio siempre terminaba haciendo solo los trabajos porque no confiaba en nadie. Una vez terminada la clase, Felipe se acerca al profesor para pedirle hacer solo el trabajo.

—No, tienes que hacerlo en grupo—le responde el profesor— Uno de los aspectos que se evaluarán será la capacidad de contrastar distintas visiones acerca de un tema, por lo tanto, no se puede hacer solo.

—Es que no conozco a nadie—argumenta Felipe.

—Tendrá que hacerlo. Todos sus compañeros son de primer semestre, no veo dificultad para que en unas semanas no pueda hacerse de nuevos amigos.

El tema le genera tensión. La necesidad de asociarse con gente que mira a distancia no le gusta. por lo demás, una vez que el profesor dio los detalles del trabajo, Felipe se percató que sus compañeros de inmediato comenzaron a coordinarse y le da temor quedar solo, no por opción sino porque nadie lo invitó.

Pasan algunos días y nuevamente tiene clases con el mismo profesor, quien da más instrucciones para la presentación y pregunta acerca de la constitución de los grupos.

—¿Hay alguien que aún no tenga grupo? —pregunta el profesor.

Nadie levanta la mano, al parecer los grupos ya están todos constituidos. Felipe tiene resistencia de levantar la mano, no se atreve. El profesor recordando la conversación que tuvo con él, lo queda mirando fijamente y reitera la pregunta. En esas condiciones el joven no tuvo más remedio que declarar que estaba sin grupo.

—¿Hay un grupo que necesite un integrante? —pregunta el profesor a la clase.

—Nosotros somos sólo dos y necesitamos alguien más—responde un joven desde el fondo de la sala.

—Acá tienen un postulante—dice el profesor apuntando a Felipe.

—No hay problema—dice una joven—Nosotros lo integramos.

—Todo arreglado, entonces—dice el profesor—ya estamos todos listos.

Una vez terminada la clase, los chicos del grupo se acercan a Felipe y se presentan. Por primera vez Felipe mira sus caras.

—Hola, soy Karen—dice ella—Y él es Tomás ¿Cómo te llamas?

—Felipe—responde él muy despacio.

—¿Cómo? —pregunta Tomás obligando a Felipe a contestar más fuerte.

—Felipe—responde con más fuerza.

—Hola, Felipe—le dice Karen— Después de almuerzo, nos juntaremos en la biblioteca para ponernos de acuerdo en cómo vamos a trabajar ¿Puedes quedarte?

—Sí, puedo—responde Felipe tímidamente.

Los tres jóvenes se reúnen tal cual como acordaron en la biblioteca de la universidad. Ahí se presentan con más detalle logrando vencer algunas barreras montadas por Felipe. Seleccionan material bibliográfico para hacer la tarea y se asignan funciones. Al finalizar, acuerdan juntarse en una de las casas de ellos. Tomás ofrece la suya, pero advierte que vive muy lejos. Karen dice no tener problema con eso y Felipe, no se atreve a decir que no, tampoco le gustaría ofrecer su casa. Tomás les da la dirección y quedan de acuerdo en el día y la hora. Karen y Tomás se retiran y Felipe se queda en la biblioteca para usar internet porque en la casa no tiene. Lo primero que hace es buscar la dirección de Tomás. Felipe

no se ubica muy bien, pero la información obtenida es suficiente para darse cuenta de que vive en un barrio muy exclusivo. Revisa las alternativas de locomoción colectiva para llegar, tendrá que hacer tres trasbordos. Así todo deberá caminar mucho porque el bus que lo deja más cerca pasa a varias cuadras de la casa.

El día convenido es un sábado en la tarde. Felipe sale temprano de su casa calculando unas dos horas de traslados para llegar a su destino. Una vez que se baja del último autobús, se da cuenta que ese paisaje resulta muy desconocido para él. Grandes veredas flanqueadas por frondosos árboles adornan el lugar y las casas no se ven, los muros altos impiden ver hacia el interior. Tampoco se ven personas caminando por la calle y de vez en cuando pasan autos de alta gama. Con un papel en la mano con el número de la casa de Tomás, Felipe revisa cada numeración. En algunos momentos se confunde porque varios portones no cuentan con numeración alguna.

Finalmente llega al domicilio correcto y se para frente a un gran portón buscando la forma de llamar. Se le ocurre tomar una moneda y la golpea contra el latón del portón. Lo único que logra es hacer ladrar a un perro al otro lado del portón.

Felipe mira por todos lados buscando algo cómo hacerse notar. Se da cuenta que no anotó los números de celular de sus compañeros por lo que no tiene cómo llamarlos. Espera varios minutos, cuando llega Karen.

—Hola, Felipe—lo saluda afectuosamente—¿Ya llamaste?

—Recién vengo llegando—responde Felipe avergonzado por no saber cómo hacerlo.

Karen se acerca a un costado y aprieta un pequeño botón mimetizado en el pilar del portón y casi de inmediato se escucha el motor de un artefacto, probablemente una cámara digital que los apunta. El portón se abre automáticamente y no hay perro alguno. La entrada se les presenta como un largo camino interior y un verdadero parque como antejardín. Felipe está muy asombrado, no se habría imaginado que alguien pudiese vivir de esa forma, pero no hace ningún comentario a su compañera.

Llegando a la casa, una sirvienta les abre la puerta y los hace pasar. Casi de frente al umbral un imponente cuadro de Pinochet los recibe.

—No sabía que el Tomy tuviera una familia fascista—comenta Karen.

Felipe no le contesta obnubilado por el cuadro y la decoración interior de la casa. No puede evitar mirarse las raídas zapatillas y contrastarlas con la limpieza del piso. La sirvienta los hace pasar a una especie de living room y luego de unos segundos, Tomás se hace presente pidiendo disculpas por la demora.

—Llegaron juntos—dice Tomás.

—No, Felipe ya estaba en el portón cuando llegué yo—dice Karen.

—Yo había llegado recién—aclara Felipe.

Tomás los invita a pasar a una terraza al aire libre donde tiene todo arreglado para la jornada de estudio. El jardín trasero es tan grande como el antejardín. A lo lejos, se divisa una piscina grande y muy bien equipada. Felipe piensa que toda la casa tiene las dimensiones de toda una manzana en su barrio.

—No sabía que eras pinochetista—le dice Karen a Tomás.

—Na ´ que ver—responde el joven—ese cuadro es de mi abuelo que vive con nosotros. Ni yo, ni mis padres somos pinochetistas, pero si alguien saca ese cuadro, el viejo arma la casa de putas. Es horroroso, todas nuestras visitas tienen ese recibimiento. Cuando se muera el viejo, será lo primero que volará de esta casa.

—De izquierda no son, al menos—insiste Karen.

—Dele con la cuestión—responde fastidiado Tomás—Yo no soy ni de derecha ni de izquierda. No me gusta la política, nadie me representa. Mis viejos son de derecha, no lo puedo negar, pero a mí me da lo mismo.

—Con esta casa, a mí también me daría lo mismo—dice Felipe.

—Oye ¿iQué onda!? Nos juntamos a hacer un trabajo y lo único que han hecho es criticar a mi familia y a mi casa sin siquiera conocerla.

—Disculpa, Tomás—responde Karen—Es que igual es impresionante tu casa.

Los chicos de a poco comienzan a prestarle menos atención al entorno y se abocan a realizar el trabajo. Están toda la tarde hasta que la luz día desaparece. Felipe está un poco intranquilo porque cree que no tendrá locomoción para retornar a su casa. Tomás lo tranquiliza diciéndole que las micros pasan hasta muy tarde en el sector.

Los jóvenes avanzan bastante en el trabajo quedando solo detalles para terminar y se distribuyen las labores restantes para finalmente coordinar la elaboración del informe. Felipe se pone de pie aprestándose a irse. Karen decide quedarse un rato para avanzar un poco más, luego llamará un taxi.

Tomás acompaña a Felipe hasta el portón. Ahí antes de despedirse le dice:

—¿Sabes, Felipe? Soy adoptado.

—¿En serio? —pregunta Felipe sin saber a qué venía dicho comentario.

—Mis padres no podían tener hijos. Lo intentaron durante mucho tiempo, pero no pudieron. Después de varios años de casados, decidieron adoptar. Primero trajeron a mi hermana mayor, luego a mí. Cuando cumplí quince años, les pedí información de mis padres biológicos. Ellos me dijeron que no tenían más antecedentes de que era una familia del sur, pero me ofrecieron toda su ayuda para averiguar más si así yo lo decidía y Yo lo

pensé durante varios meses. En algún momento divagué muchas cosas, tales como que mi madre era adolescente y mi padre huyó o que fui producto de una violación o simplemente mi madre no tenía dinero para criarme. Luego, me di cuenta de que no tenía mucho sentido. Con cualquier cosa que hiciese por encontrar a mi madre biológica, les hacía daño a mis padres de verdad que eran ellos. Ellos me criaron, me aman y yo los amo. Yo no elegí esta vida, pero no tengo más que agradecer.

—¿Por qué me dices todo esto? —pregunta Felipe.

—Porque sentí tu incomodidad y la de Karen. Desde que entraron los vi como miraban todo a su alrededor y los cuestionamientos a las tendencias políticas de mi familia hicieron que me sintiera discriminado. Todavía no me conocen, pero ya se hicieron una imagen de mí. Debe ser un hijo de papito, el cuico que se da el lujo de estudiar en la universidad a pesar de que no tiene para qué hacerlo. Tiene el estilo de vida de los ricos y famosos, pero ¿Sabes una cosa? Esto que tú ves a nuestro alrededor es nada. Son cosas que apropiamos a lo largo de la vida y que se quedan aquí cuando morimos. La gente pobre se esmera también por tener cosas, no tiene esta casa, pero se empecina en tener casa, un televisor, un computador y obviamente varios smartphones. Nada de esto yo lo he conseguido, y pensarás que soy un afortunado y en cierto sentido lo soy, sí que es una casa muy cómoda, pero estamos llenos de sistemas de seguridad para evitar que nos roben. Mis padres viven con miedo a que entren a robar y nos quiten lo que es nuestro y son sólo cosas, porque como te digo a mí me basta con su amor. ¿Mi madre no me quería o no me podía tener? Ya está, fue así nomás.

Felipe está un poco conmovido. Una de sus principales preocupaciones al entrar a la universidad era el tener que contar donde vivía y que sus compañeros lo cuestionasen por su forma de vestir, por las cosas que no tiene y reconoce que bastó con descubrir donde vivía Tomás para clasificarlo y suponer un sinnúmero de cosas. Al entrar a la casa, iba corroborando sus prejuicios. Tomás tiene razón, lo juzgó sin conocerlo y ni él, ni nadie eligió la familia que tiene, el barrio donde creció y las creencias que le inculcaron desde pequeños. Se siente avergonzado y le pide disculpas a Tomás quien más allá de aceptarlas le da un fuerte abrazo. Felipe se marcha a su casa habiendo comprendido algo nuevo y eso era parte de la experiencia de hacer universidad.

11º. El Principio de negación de los opuestos.

«No importa en qué bando te hayan puesto los acontecimientos; lo que importa es que comprendas que tú no has elegido ningún bando».

Aquí no se explica que haya que abandonar todo bando. Aquí se sugiere considerar la posición en que uno se encuentra, como resultado de factores ajenos a la propia elección; factores educacionales, de ambiente, etc. Tal actitud hace retroceder el fanatismo, al tiempo que permite comprender los bandos o las posiciones que asumen otras personas. Evidentemente, esta forma de considerar el problema de los bandos contribuye a la libertad de la mente y tiende un puente fraterno, hacia las demás personas aun cuando éstas no coincidan con mis ideas, o aparentemente se opongan a mis ideas.

Este Principio, al tiempo que reconoce la falta de libertad en las situaciones que uno no ha construido, afirma la libertad de negar las oposiciones si son parte de las mismas situaciones. En otras palabras: yo no he decidido ser alto o bajo; gordo o delgado y si esa condición está acompañada de oposiciones a otros que tampoco eligieron su bando, tengo libertad para negar esa oposición. Yo no inventé a los altos, a los bajos, a los gordos o a los delgados, por tanto, niego toda oposición responsable.

La abuela Rosario

Paloma es una niña de 12 años. Cursa séptimo básico en un colegio alternativo que promueve la sensibilidad social en sus estudiantes desde los primeros años. Permanentemente realizan visitas a distintas instituciones que permiten a los chicos acercarse a diferentes realidades. En esta oportunidad visitan un hogar de ancianos. Es un recinto muy grande que posee distintas unidades que segrega a las personas por edad y su estado mental. El bus que traslada a los niños llega cerca de la 04:00 PM. Los profesores organizan la actividad asignándole a grupos de niños tareas específicas. Paloma junto a un grupo de compañeros es asignada al comedor y deberá acompañar a algunos de los abuelos mientras éstos toman su once. Una profesora lidera la avanzada y una vez en la entrada del comedor, da instrucciones a los estudiantes y va asignando en parejas las mesas. Paloma y una de sus compañeras son ubicadas en una de las mesas que aún no están ocupadas porque los viejitos no son trasladados al lugar. Las niñas se sientan en la mesa asignada y esperan disciplinadamente la llegada de sus acompañantes. Cuando todos los niños ocupan sus respectivos puestos, un grupo de ancianos ingresan al comedor por un pasillo. Dos abuelitas se acercan a la mesa ocupada por Paloma y su amiga y se sientan con ellas. Las cuatro se saludan afectuosamente y se aprestan a esperar la once que traerán auxiliares del hogar.

—¿Cómo se llaman? —les pregunta una de las abuelitas.

—Yo me llamo Paloma.

—Mi nombre es Felicia—responde la compañera de Paloma.

—¿Y ustedes? —pregunta Paloma.

—Ella es Clarita y yo me llamo Rosario.

—¿Ella no habla? —pregunta Felicia indicando a la otra abuelita.

—Sí, pero no escucha bien—responde Rosario.

—Toman muy temprano la once—comenta Paloma.

—Lo que pasa, es que los abuelitos nos acostamos temprano. Entonces para poder cenar alrededor de las 08:00, es que tomamos once a esta hora.

Clarita permanece callada y un tanto distraída. Al cabo de unos minutos, pasan unas señoras sirviendo cada una de las mesas. La merienda consiste en un tazón de algo parecido a leche, pero un poco más espesa, un sándwich mediano y unas pocas galletas.

—¿Y para las niñas? —pregunta Rosario.

—No se preocupe, nosotras acabamos de tomar una colación en el bus que nos trajo—dice Paloma.

—Al final de la visita les tenemos una sorpresa—dice la auxiliar.

—¡Ah!, ¡Qué bien! —exclama Rosario.

—¿En qué curso están? —pregunta Rosario a las niñas.

—En séptimo básico—responde Felicia.

—¿Y cómo les va en el colegio?

—Bien, somos buenas alumnas—dice Paloma.

—Me alegro—dice Rosario—A mi gustaba mucho el colegio, aunque no me solían traer a actividades como ésta.

—¿Le gustan las actividades sociales? —pregunta Felicia.

—¡Buuuuuuh! —exclama Rosario—Mi vida ha estado entregada a mejorar las condiciones en que vivimos.

—¿Tiene hijos? —le pregunta Paloma.

—Sí, dos hijos grandes ya, ellos tienen su familia. Tengo cinco nietos y dos bisnietos.

—¿Tiene bisnieto? —pregunta Felicia.

— Sí, claro, son chiquitos. A veces vienen a verme o los veo cuando me llevan de visita mis hijos a sus casas.

—¿Hace mucho que está acá? —pregunta Paloma.

—Unos cinco años, me parece—responde Rosario—Hace seis años quedé viuda, mi marido murió. Mis hijos están casados hace mucho tiempo y no querían que viviera sola, pero Yo no quería vivir con ellos. Cuando uno va envejeciendo, necesita cuidados especiales y no es bueno ser una carga de nadie, así que solita decidí ingresar a este hogar.

—¿Usted misma se vino para acá? —pregunta asombrada Felicia—¿Qué dijeron sus hijos?

—Ellos no querían por ningún motivo, pero yo soy de las que piensan que los hijos no tienen ninguna obligación de hacerse cargo de los viejos. Yo tengo una pensión, que no es muy alta pero que me alcanza para pagar la mensualidad de este lugar. Aún estoy bien de la cabeza, así que nadie me iba hacer cambiar de opinión. Hay abuelitos que se aferran a su casa, sus cosas y se van poniendo cada vez más dependientes de sus hijos y nietos, esclavizándolos.

—Pero, usted se ve muy bien, podría vivir sola—le dice Paloma.

—Es cierto, pero aquí también tengo cosas que hacer. Colaboro con las labores del hogar, atiendo a otros abuelitos que tienen menos movilidad. Yo los acompaño y ellos me acompañan a mí. En mi casa me quedaría viendo televisión, sola, sin hablar con nadie. Aquí mi labor en esta vida continúa y espero tener la claridad de hacerlo hasta que este cuerpo ya no pueda más y necesite descansar.

Paloma está sorprendida. No es la primera vez que visita un hogar de ancianos y lo que había visto anteriormente eran abuelitos sumidos en el abandono, mal de la cabeza y prácticamente inválidos. Rosario se ve muy lúcida y jovial, su sonrisa no desaparece nunca de su rostro y su mirada y tono de voz transmiten mucha dulzura. Es de esas abuelitas de cuentos infantiles que todo niño quisiera tener. La conversación transita entre bromas y gestos amables de la anciana con las niñas. Clarita comparte sólo algunos segundos, pero para ello deben prácticamente gritarle, luego de esto, retorna a su ensimismamiento.

Un grupo musical de niños del colegio toca unas canciones que son alegremente seguidas por los abuelitos quienes aplauden entusiastamente la interpretación. Después, cuatro auxiliares aparecen con unas bandejas y pocillos con helado para los niños y así agradecerles la visita.

Los profesores comienzan a dar las instrucciones tendientes a terminar la actividad. Los niños se despiden de los respectivos abuelitos con los que compartieron el momento. Paloma y Felicia hacen lo respectivo con Rosario y Clarita. Rosario las abraza efusivamente y les agradece la compañía. Antes de salir del salón, Paloma se devuelve y le pregunta a Rosario si puede venir a visitarla de nuevo, a lo que la viejita responde afirmativamente con mucho entusiasmo.

Durante el siguiente fin de semana, Paloma va de visita al hogar nuevamente y se encuentra con Rosario. El horario y el clima permiten que la visita se desarrolle en el jardín del hogar.

—¿Por qué se te ocurrió venir a verme nuevamente? —le pregunta Rosario a Paloma.

—Porque me gustó conocerla—responde Paloma—Yo no tengo abuelas, ambas murieron muy jóvenes. De hecho, una de ellas murió antes que yo naciera y no la conocí. La otra, murió cuando yo tenía 4 años. Siempre me imaginé con abuelas cariñosas. Mis padres me cuentan cosas de ellas, pero no son más que figuras en fotografías.

—Me parecen lindos tus argumentos, pero, primero que nada, me vas a tutear. Para ti soy Rosario.

—No sé si pueda, pero lo intentaré.

—Las abuelas cada vez son más jóvenes y como los viejos vivimos más tiempo hay más posibilidades de que los niños convivan con sus abuelos. Es una pena lo que te sucedió.

—También me llamó la atención, tu alegría—comenta Paloma—¿Por qué eres tan feliz?

—¡Qué bonita pregunta! —exclama Rosario—Efectivamente, me siento muy feliz y eso es porque he tenido una vida extraordinaria, llena de

experiencias hermosas. He conocido un montón de personas maravillosas.

—¿Todas las personas que has conocido son maravillosas?

—No, no todas. Pero a las que no lo fueron, no las recuerdo mucho. Pero, en fin, soy feliz porque he tenido una vida feliz.

—¿Por qué?

—Tengo muchas cosas por las que agradecer. Agradezco los padres que tuve, ellos me dieron la oportunidad de crecer sana, contenta, segura y con muchas posibilidades de decidir cosas desde muy pequeña. Por ejemplo, si por alguna razón se vieron obligados a cambiarme de colegio, ellos me llevaban a distintos recintos para que yo decidiese cuál era el que más me gustaba. Crecí en una familia de clase media, comunista y cristiana ¡Qué contradicción! Pero así fue. Cuando crecí decidí no ser comunista, ni cristiana, pero agradezco el haber tenido ambas visiones. Hoy también me han ayudado para analizar las cosas de manera distinta como lo hace el normal de la gente.

—El otro día me contaste que ingresaste aquí por tu cuenta y ayudas a los otros abuelitos ¿Te gusta ayudar a la gente? —pregunta Paloma.

—Siempre—responde Rosario con los ojos brillantes—Cuando pequeña pertencí a los scouts, luego cuando aún era cristiana, participé en agrupaciones de jóvenes en la iglesia y luego me integré a distintos grupos que ayudaban a las personas en distintas materias. Siempre me gustó acompañar a la gente y enseñarle a resolver sus problemas. No era esa ayuda por mí, sino efectivamente por el otro. Hay gente, y está bien, que ayuda, pero lo hace para sentirse bien. Todas sus acciones terminan con el gracias del otro y eso los reconforta. ¿Me entiendes?

—Un poco—responde la niña.

—Uno da sin esperar recibir, pero termina recibiendo, a pesar de uno. No es necesario buscar la recompensa.

—¿Y te has arrepentido de algo?

—No, es absurdo arrepentirse. Hay decisiones que no resultaron como lo esperaba, pero si no hubiese tomado la opción tampoco habría sabido que no resultaba. Quizás, más que las decisiones equivocadas, pesan más las no decisiones. Cuando uno le da vueltas a las cosas, buscando estar segura de que el resultado será bueno, pasa el tiempo y finalmente termina no haciendo nada. ¿De qué sirve arrepentirse?

Al rato vienen a buscar a Rosario para tomar el té. Paloma la acompaña un tiempo más para luego despedirse y agradecer sus enseñanzas.

Una semana después, Paloma vuelve a visitar a Rosario en el hogar de ancianos. La niña está absolutamente obsesionada por conocer más a

Rosario. Todos los días piensa en ella y espera un tanto ansiosa que llegue el fin de semana para poder visitarla.

En su tercer encuentro, Paloma le pregunta por la vida de Rosario. Ella le cuenta que se casó joven, era veinteañera cuando ya era mamá de sus dos hijos. Terminando sus cuarenta era abuela y cerca de los setenta fue bisabuela. Toda su vida vivió con su marido a quien amó profundamente. Su muerte le afectó, pero se supo sobreponer. En la adolescencia comenzó su búsqueda por encontrar un sentido a su vida. Ahí conoció al siloismo y comenzó a estudiar el concepto de unidad interna.

—¿Qué es eso? —le pregunta Paloma.

—La unidad interna es cuando uno realiza un acto coherente. Esto es cuando uno hace lo que piensa y siente lo que piensa. También conocí de otra forma la regla de oro “trata a los demás como quieres que te traten”, y me propuse trabajarlo. También entendí cómo y porqué sufrimos y me planteé como meta superar el sufrimiento en mí y en los demás. De un día a otro, todo lo que había aprendido por herencia se fue modificando. Mis creencias cambiaron y amé a todos y con eso me amé a mí también.

—Yo no sé lo que quiero y me cuesta decir lo que pienso—dice Paloma.

—No te preocupes, eres niña aún, disfruta tu edad. No pretendas crecer antes de tiempo, es inútil. La gente vive ensoñando, deseando cosas y armando planes que nunca se realizan y se olvida de disfrutar el presente.

—Pero, tú hiciste todo con algún propósito—le dice Paloma.

—Por supuesto. Todo lo que hacemos tiene un fin, pero hay fines y fines. Hay fines naturales como saciar el hambre o la sed y hay algunos fines más elevados como lograr que la gente sea más feliz. Yo soy una convencida de que la unidad interna y los actos unitivos a uno le ayudan a ser cada vez más feliz. Uno se fortalece y tiene más energía para compartir y hacer que las cosas cambien.

Cada palabra y comentario que Rosario hace estremecer a Paloma. La niña se fascina con la figura y aunque no entiende del todo lo que dice la señora no puede dejar de escucharla y creerle.

Los padres de Paloma se intrigan por las salidas de la hija el fin de semana. Ella les cuenta sus actividades, no ve nada malo en lo que está haciendo. Ante la convicción que muestra la niña, los padres no ponen mayores obstáculos.

Un día, cuando Paloma vuelve del colegio se sorprende al encontrar a Rosario en la entrada de su casa.

—¡Rosario! —exclama Paloma fulgurosa de felicidad—¿Qué haces aquí?!

—Vine a conocer tu casa.

—Pero ¿Cómo supiste dónde vivo? Yo nunca te lo había dicho.

—Yo sé todo lo que quiero saber—responde Rosario.

—¿Tocaste la puerta?

—No, te estaba esperando.

A esa hora no hay nadie en la casa de Paloma. La niña hace pasar a su octogenaria amiga y le ofrece agua, bebida, cosas para comer, pero la señora no le acepta ningún ofrecimiento. Después de unos instantes en que Paloma no sabe qué hacer, invita a Rosario a su dormitorio.

—¡Qué linda pieza tienes! —exclama Rosario al entrar—Todos esos peluches, son hermosos.

—Me encantan los peluches—dice Paloma.

—¿Esos son tus padres? —le pregunta Rosario señalando una fotografía donde sale el matrimonio con Paloma en brazos cuando era más pequeña.

—Sí, ellos no han llegado aún del trabajo. Me gustaría que te conocieran.

—Aquí suceden tus sueños—dice Rosario.

—Sí, aquí duermo, sueño, hago las tareas, converso con mis amigas. Aquí están todos mis secretos.

—No deben ser muchos. Eres muy joven.

—No lo creas, yo soy muy soñadora—responde Paloma.

—Estoy segura de eso. Se nota con solo mirarte.

—Me da mucho gusto que hayas venido.

—A mí también.

Paloma le muestra todas sus cosas a Rosario: fotos, cuadernos de poesías, dibujos, recuerdos de su infancia primera. Rosario hace exclamaciones entusiastas frente a cada revelación. De pronto, Paloma escucha abrir la puerta de la casa. Es su madre quien saluda esperando que alguien haya en la casa. Paloma sale disparada a encontrarla y así presentarle a Rosario.

—¡Mamá! Ven, quiero presentarte a alguien.

—¿A quién trajiste a la casa? —pregunta la mamá.

—Yo no la traje, llegó solita.

La chica toma de la mano a su mamá y la tironea dirigiéndola hacia su habitación. Cuando la niña abre la puerta del dormitorio se da cuenta que Rosario no está. La desilusión es grande y la incompreensión también. Rosario es muy mayor como para que se haya fugado tan rápidamente. La mamá no entiende la situación y le pide explicaciones a su hija, pero ella no puede explicar lo sucedido.

Paloma queda preocupada, un poco asustada y tremendamente intrigada. No puede comprender lo sucedido. Tiene compulsión de faltar al colegio e ir a visitar a Rosario al hogar, pero luego se arrepiente, decide esperar hasta el sábado.

Una vez llegado ese día. Se apresura en almorzar y parte rauda hacia el hogar de ancianos. Ahí busca de manera desenfrenada a su amiga. Una

de las auxiliares le indica que Rosario está en el patio trasero del recinto. Paloma sale al patio al encuentro de la señora. Ahí está Rosario mirando y quitando las hojas secas a cada una de las plantas del jardín.

—¡Rosario! —le grita Paloma.

—¡Mi niña! —exclama la señora.

—¿Qué pasó el otro día en mi casa?

—¿A qué te refieres? —pregunta Rosario.

—¡Te fuiste! ¡No te despediste!

—¿Me fui de dónde? —pregunta Rosario contrariada.

—¡De mi casa! Llegas de improviso y te vas sin decir nada.

—Yo no he salido de aquí—responde Rosario—Es más, no puedo salir sin la autorización de la directora del hogar. Pero además ya no me dan ganas de salir, no sé de qué hablas.

—El miércoles fuiste a mi casa. Conversamos, yo te mostré mi pieza y cuando llegó mi madre desapareciste.

—¿Estás segura?

—Segura. No me puedo estar volviendo loca.

—A lo mejor, fue que tenías muchas ganas de verme y me llamaste—dice Rosario.

—Yo no te llamé—contesta Paloma.

—No es un llamado literal, es un llamado mental. Yo puedo estar donde la gente quiere que esté.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé explicar, pero hay varias personas que me han contado que me han visto en lugares donde yo no he estado. Así como tú, han conversado conmigo, pero luego desaparezco.

—¿Es posible eso? Me da un poco de miedo.

—No temas—le dice Rosario abrazándola— Tú no tienes nada que ver. Desde que nos conocimos hemos creado una conexión especial entre las dos. Me parece divertido que podamos encontrarnos cuando queramos venciendo las barreras físicas. Imagínate que podamos hacerlo después de que yo muera.

—No quiero que te mueras—dice la niña.

—Algún día moriré, eso es seguro. Pero eso no significa mucho.

—¿Rosario? ¿Te gustaría ser mi abuela? —pregunta Paloma.

—Por supuesto, será un honor para mí que me llames abuela Rosario. Y te puedo asegurar que nunca más nos separaremos.

—¿Lo prometes?

—No lo prometo, simplemente así será.

12º El principio de acumulación de las acciones.

«Los actos contradictorios o unitivos se acumulan en ti. Si repites tus actos de unidad interna, ya nada podrá detenerte».

Aquí se quiere decir que todo acto que se realiza queda grabado en la memoria y desde allí influye en las otras vías. Por tanto, la repetición de actos que dan unidad interna o que generan contradicción, van formando una conducta que condiciona a las acciones posteriores en alguno de los dos sentidos. Repetir los actos de unidad interna, significa ejercitar los Principios en la vida diaria. También se da a entender que no se trata de la repetición de un acto (o de un Principio aislado), sino de un conjunto de actos de unidad interna.

Sin duda que, al ejercitar todos los Principios, nos encontramos con una disciplina integral, capaz de ir transformando nuestra condición sufriente en una nueva forma de vida de creciente unidad interna y, por tanto, de creciente felicidad.

A veces, sumando actos contradictorios, se construye la vida de una persona o de un conjunto humano. También sucede que pueden aparecer muchos resultados exitosos durante un tiempo, pero antes o después se producirá la catástrofe porque la base de toda esa vida es falsa. Mucha gente ve solamente las anécdotas exitosas, pero no alcanza a comprender el proceso de esa vida y, sobre todo, su absurdo final.

Número de solicitud CRIN 9mkj4q